

El engaño de las razas

Fernando Ortiz

EL ENGAÑO DE LAS RAZAS

Edición de José Antonio González Alcantud

GRANADA

2 0 2 2



© FERNANDO ORTIZ

© FUNDACIÓN FERNANDO ORTIZ, LA HABANA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243930-246220
Web: editorial.ugr.es

ISBN: 978-84-338-7006-3

Depósito legal: Gr./922-2022

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote

PREÁMBULO. <i>Fernando Ortiz: una obra de fundación</i>	9
MIGUEL BARNET	
<i>Controversias sobre la el hispanoamericanismo, el panhispanismo y la hispanidad. Las visiones de Fernando Ortiz y Rafael Altamira.</i>	13
IRIS LAUREIRO RAMÍREZ & MELY DEL ROSARIO GONZÁLEZ	
<i>El fantasma de la raza y los racismos.</i>	33
JOSÉ ANTONIO MATOS ARÉVALO	
<i>El racismo tras la Segunda Guerra Mundial y el paradigma de las «razas del alma» en Fernando Ortiz.</i>	45
JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD	
<i>El engaño de las razas</i>	69
FERNANDO ORTIZ	

Preámbulo
FERNANDO ORTIZ: UNA OBRA DE FUNDACIÓN

MIGUEL BARNET
*Presidente de la Fundación Fernando Ortiz (Cuba)*¹

Fernando Ortiz y Fernández nació el 16 de julio de 1881 en La Habana, en la esquina de San Rafael y Lucena, y murió en su casa de L y 27, en el Vedado, el 10 de abril de 1969. Cuando al día siguiente en la Necrópolis de Colón vi el sarcófago con el cuerpo del sabio cubano descender hacia una insondable sepultura, me dije: ahí se va el más grande de los científicos sociales de la Cuba del siglo xx. Estaba seguro de que mi generación y las dos generaciones anteriores quedaban huérfanas para siempre. La tierra lo acogió porque él se alimentó de ella, haciéndola brotar en todas las manifestaciones de su rica diversidad, la que él descubrió desde su óptica cóncava y proteica.

Él fue el primero en desentrañar la compleja madeja de la idiosincrasia del cubano. Y definió la cubanía como la vocación de ser cubano y la cubanidad como argamasa etnográfica de esa cubanía. Cuba fue su única gran obsesión. Y afirmó tempranamente que Cuba sin el negro no sería Cuba. Por eso quiso iniciar su carrera profesional indagando en el hampa afrocubana o lo que también se puede definir como La Mala Vida de las periferias habaneras, siguiendo las pautas trazadas por José Antonio Saco y Miguel de Carrión. Inspirado en las tesis de Enrico Ferri y Cesare Lombroso, elaboró sus tesis criminológicas y frenológicas en su texto primario *Los negros brujos* de 1906; y luego empleó por primera vez en el siglo xx el concepto de afrocubano en 1910 en sus trabajos *Las rebeliones de los afrocubanos* y *Los cabildos afrocubanos*. Ya en 1847 Antonio Veitía había empleado el término afrocubano con connotaciones racistas mientras que Ortiz le daba un sentido puramente cultural a un concepto que aún hoy es polémico. En 1910 publicó *Los negros esclavos*, con una visión positivista de los hechos históricos relacionados con la esclavitud y la trata mercantil esclavista. En mi opinión aquí radica el punto de despegue investigativo del genio orticiano. Ya en Menorca había escrito su opúsculo *Mal Noms*, sobre los apodos que escuchó a sus condis-

1. Publicado previamente en *Granma*, 16 de julio de 2019.

cíbulos en la escuela menorquina y luego *Príncipe y Protes*; ambos textos iniciales fueron publicados por la Fundación Fernando Ortiz en los años 90.

En resumidas cuentas su obra, desde el principio, despuntó hacia el horizonte de lo patrimonial. Esa fue una constante en sus inquietudes como intelectual identificado con la cultura popular. Porque su obra es, sin lugar a duda, una obra de fundación basada en las raíces ignotas y escamoteadas de la realidad nacional y de sus contextos sociohistóricos. Así comenzó a aplicar una metódica que lo emparentaba con la sociología de la escuela de Chicago y con las lecciones recibidas de su maestro de España, Sales y Ferré. Esto lo llevó a lo largo de su vida a obtener una visión integral de los fenómenos estudiados, asimismo un enfoque entre el todo y las partes sin que se inscribiera en el funcionalismo de moda o en ninguna otra escuela antropológica. Su humanismo, profundamente dialéctico, lo condujo a una concepción holística de la cultura.

La categoría de transculturación, esencialmente sociológica, así como su concepto dinámico de la cultura lo convierten en un novedoso forjador de las ciencias sociales contemporáneas. Se negó siempre a expresarse en términos absolutos. A su vez, se alejó de un positivismo radical para convertirse en un seguidor fiel del electivismo cubano. Fue integrador, revalorizador, y pionero de los estudios afrocubanos, lo que lo distinguió, con mucho, de la mayor parte de sus colegas.

«Un pueblo que se niega a sí mismo está en trance de suicidio», escribió en el prólogo a los *Cuentos negros de Cuba*, de Lydia Cabrera. Muchos han sido los aportes de su obra a la cultura cubana, pero ninguno más importante que el del rescate y la revalorización del legado africano a Cuba. Su obra etnográfica cubre una zona tan vasta y diversa de la cultura cubana que es imposible resumirla en unas líneas. En todas descuella el investigador original, arriesgado a costa de los más profundos abismos, documentado y agudo en sus percepciones. Su sabiduría, al decir de Alfonso Reyes, es «válida tanto en el concepto humanista como en el humano». Afirmó junto a José Martí que no hay raza pura, pues todos los seres humanos sin excepción son mestizos de incontables cruzamientos. «La esencia de todo lo mestizo de las ideas engendra en los abrazos de las culturas del mundo», expresó.

En su texto *La reconquista de América: reflexiones sobre el Prehispanismo* y su colección de ensayos *Entre cubanos: psicología tropical*, de 1913, el joven intelectual, con bríos renovados por su encuentro definitivo con la patria, elaboró el primer proyecto político moderno que la naciente república ofrecía en los años en que Cuba emergía de la guerra contra España y de dos intervenciones norteamericanas. Esa línea de inquietudes se refleja en su discurso programático *La decadencia cubana*, que leyó en la Sociedad Económica Amigos del País.

Pero es con la publicación del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* que Fernando Ortiz, en 1940, sienta cátedra universal en las ciencias sociales. Esta obra reveladora del talento personal, científico y literario de Ortiz fue pionera en los estudios socioeconómicos del continente. Metáfora elaborada con sapiencia

y hondo calado, el *Contrapunteo...* apunta sobre los orígenes y las causas de la economía dependiente de la Isla y sus vertientes políticas, mostrando una imaginación sociológica digna de los postulados de Wright Mills y Lévi-Strauss. Anticipándose a ambos, Ortiz expone la historia de estos productos en un contrapunteo que supera cualquier valoración precedente. El azúcar foránea y nociva y el tabaco autóctono, emancipador y afrodisíaco. «Cuba no sería en verdad independiente», escribe, «sin que se libre de esa retorcida sierpe de la economía colonial que se nutre de sus campos, pero estrangula a sus gentes y se enrosca en la palma de nuestro escudo republicano, convirtiéndolo en un signo del dólar extranjero».

Asistir, por tanto, a la lectura del *Contrapunteo...*, es un reto intelectual y a su vez una experiencia de carga ideológica que complica y niega aproximaciones esquemáticas preconcebidas. Bronislaw Malinowski, con vena volteriana, le otorga especial valor a esta obra monumental del sabio cubano. No voy a adelantarme aquí a descripciones o valoraciones que ustedes ya conocen. Su obra científica no se limitó al rico arsenal de libros que escribió y que son imagen viva de Cuba, de la Cuba profunda y misteriosa. Él develó los secretos de la africanía y su hechizante mundo místico y estético. Ahí están ellos esperando por el lector joven que los descubra. Verá cuánto valen, cuánto enseñan y cuánto iluminan. Además de eso, y ahí me voy a detener, fue pivote de movimientos sociales y artísticos de la República. Eje del movimiento Minorista, de la Reforma Universitaria y del rescate del libro cubano. Creador de múltiples instituciones como la Sociedad de Folklore Cubano y la de Estudios Afrocubanos, y revistas que ya son clásicos de nuestra bibliografía, gestadas con prominentes figuras como José María Chacón y Calvo y Emilio Roig de Leuchsenring. Impulsa y preside por un tiempo la Sociedad Económica Amigos del País, donde crea la Institución Hispano Cubana de Cultura que vive dos intensos periodos de activismo cultural. En 1926, y conjuntamente con su viejo amigo Chacón y Calvo, funda la Academia Cubana de la Lengua. Hace patente su fecunda labor en todas estas instituciones mientras asiste a conferencias y congresos internacionales.

Moderno, transgresor, consciente y paciente marcó el rumbo para alcanzar eso que Miguel de Unamuno llamó la verosimilitud, mediante una aguda reflexión filosófica y un método transcultural que puso en el festín de los desposeídos los alimentos del espíritu. Unió su vida a la del pueblo cubano y con sus libros levantó puentes de conocimientos que nos hicieron más ricos y consistentes. Y sobre todo, más cercanos a nuestra verdadera identidad.

La cultura es la patria, escribió, y la Patria es la sustancia de la nación. Pocos hombres de letras en periodos tan largos de su vida se consagraron a un ideal humanista como lo hizo Don Fernando Ortiz. Cuando en 1995 se creó la Fundación que lleva su nombre, estábamos rindiéndole homenaje a él y a sus contemporáneos. Hoy el Consejo Nacional de Patrimonio del Ministerio de Cultura declara el conjunto de su obra Patrimonio de la Nación Cubana, para perpetuar la memoria

de quien Juan Marinello sagazmente llamó el Tercer Descubridor y a quien la grey intelectual y el pueblo de Cuba le dio el noble y merecido tratamiento de Don.

Uno de sus más leales secretarios, el poeta y revolucionario Rubén Martínez Villena, escribió en 1923 en el prólogo a su libro *En la tribuna* –manifiesto civil de reparación moral de la sociedad– estas palabras con las que quiero terminar: «Cuando rueden al olvido piadoso los hombres que usaron máscara intelectual o patriótica y eran por dentro lodo y serrín, la figura de Fernando Ortiz, por toda la solidez de su talento y su carácter quedará en pie sobre los viejos escombros y será acogida por la juventud constructora para servir como uno de los pilares maestros sobre los que se asiente la nueva República».

La Fundación que lleva su nombre, y que me honro en presidir, mantiene ese propósito y enarbola el lema que él inmortalizó: «Ciencia, Conciencia y Paciencia».

CONTROVERSIAS SOBRE LA EL HISPANOAMERICANISMO,
EL PANHISPANISMO Y LA HISPANIDAD
LAS VISIONES DE FERNANDO ORTIZ Y RAFAEL ALTAMIRA

IRIS LAUREIRO RAMÍREZ
Universidad de Granada

MELY DEL ROSARIO GONZÁLEZ ARÓSTEGUI
Universidad Central Marta Abreu, Las Villas, Cuba

CUBA. LOS PRIMEROS AÑOS DE UNA REPÚBLICA

Los años que mediaron entre el final de las guerras de independencia en 1898 y la proclamación de la República cubana en 1902 constituyeron una encrucijada entre imperios. El desmontaje de la dominación colonial española en la isla se desarrolló paralelamente a un proyecto de transformación institucional de la sociedad cubana, que seguía el patrón de «modernidad» diseñado por las autoridades norteamericanas durante su intervención. Las aspiraciones básicas de modernidad e independencia que estructuraron el proyecto separatista del siglo XIX, se replantearon de forma diversa en este período histórico, en una constante defensa de la identidad cultural frente al peligro de una nueva dominación.

La intelectualidad cubana de las dos primeras décadas del siglo XX se debatió en un cúmulo de contradicciones. Por una parte la aceptación de la acción política norteamericana en Cuba ante la necesidad de desarrollar un país destruido por la guerra y el enfrentamiento a la injerencia yanqui, y por otra, la dicotomía entre el arraigo a los valores hispanos y el rechazo a la dominación colonial española, que constituye una mediación del proceso de búsqueda de la identidad nacional en este período histórico.

La apertura a la modernidad impone un discurso de regeneracionismo a ambos lados del Atlántico, centrado en la búsqueda y reproducción de la identidad nacional de ambos países. La derrota de España en 1898 significó su salida definitiva como potencia colonial de América, lo cual propició dos corrientes de opinión que acabaron transformando el movimiento hispanoamericanista fundado en las últimas dos décadas del siglo XIX. La ex metrópoli descubre la importancia de América para reencontrar su identidad, mientras que América, en oposición a la política exterior norteamericana se solidariza con ella.

Para entonces, el hispanoamericanismo había evolucionado hacia una forma menos progresista: la panhispanista, que se desarrollaba dentro de un sector del

regeneracionismo español que asumía como una de las líneas principales para la propia regeneración nacional la reconquista espiritual de América. Partiendo de los nuevos métodos del imperialismo moderno, constituye una corriente ideológica que abarca la defensa y expansión de los intereses de España en los pueblos de habla hispana.

Aunque carecía de futuro en América y en Cuba, por entenderse como involución histórica, el panhispanismo fue el argumento que por muchos años defendió la pequeña burguesía más conservadora de la época. A pesar de la irremediable tendencia de este ideal a perecer a nivel continental, la necesidad de arraigarse a lo hispano en Cuba, como elemento de identidad y confrontación a lo norteamericano, llevaba en ocasiones a perder la perspectiva de lo distinto a lo español.

La salida de España del ámbito latinoamericano llevó a que algunos intelectuales, que avizoraban nuevos peligros provenientes de la política injerencista de los Estados Unidos, potenciaran la pertenencia de Cuba a un tronco común, el de la latinidad e hispanidad, de modo que las afinidades con España en cuanto a «raza, lengua y religión» confirmaran una fuerte cultura que se opusiera a lo anglosajón. Por otra parte, la lucha por la identidad cultural después del 98 en Cuba se va a librar en un medio preñado de tensiones y contradicciones entre la secular tradición hispana y el espíritu, odiado y querido a la vez de EEUU, personificando la modernidad necesaria en un ambiente de desastre económico y político. Es por eso que la proyección de la intelectualidad cubana en la coyuntura de entre imperios nos obliga a reflexionar sobre las conexiones –a ratos conflictivas por momentos amorosas– que se establecen en torno a la Isla y su nuevo o antiguo tutor.

En Cuba, la lucha contra la injerencia y la anexión en los primeros años de la República había tenido su presencia en las polémicas surgidas al calor de las contradicciones propias de la situación neocolonial que tenía el país. La permanente obsesión por acercarse a la comprensión de la cubanidad y la cubanía denotan una rebelión del espíritu nacional contra la dominación foránea, rebelión que se expresaba en la forma de enseñar en las escuelas, en el carácter de las publicaciones periódicas, en las distintas manifestaciones del arte y de la literatura y en las agudas polémicas que se desataron alrededor de los problemas nacionales.

En el marco de estos enfrentamientos se desarrolló la polémica conocida por la denominación de las posiciones encontradas: Panhispanismo vs. Panamericanismo, que constituyó una manifestación específica de una polémica más general: la de las razas anglosajona e hispana según convienen en llamarse. No olvidar que el pensamiento cubano de principios de siglo se desarrolla debajo de la lucha entre la supremacía del mundo anglosajón y el decadente mundo español. Esta polémica proporcionó al movimiento intelectual cubano más claridad alrededor de cuestiones vinculadas a las diferencias y las influencias culturales entre Cuba, España y Estados Unidos, para poder penetrar con más conocimiento en el análisis de los límites que debían darse a estas relaciones en el ámbito económico, político y cultural.

Dirigimos la atención en este trabajo hacia el panhispanismo y a cada una de las tendencias que la integran. Entenderlas facilita una mejor valoración de las distintas posiciones que ante ella se asumen en Cuba, y en especial la de Fernando Ortiz, cuyas valoraciones trascendieron por su objetividad y claridad frente a Rafael Altamira, uno de los defensores de la visión panhispanista.

Si bien el Panhispanismo no pudo enraizar en la conciencia histórica como tendencia política sí constituyó un movimiento de importancia cultural para comprender los derroteros del pensamiento cubano en la primera mitad del siglo xx. Para una mejor comprensión de los elementos que le conformaron adelantamos un análisis del movimiento Hispanoamericanista para llegar a su forma Panhispanista.

EL MOVIMIENTO HISPANOAMERICANISTA Y SU FORMA PANHISPANISTA

Al iniciar el siglo xx la voracidad territorial de los Estados Unidos y su expansión hacia el sur, establece un estado de alarma entre las potencias colonizadoras. La nueva realidad imperialista se contamina de racismo y su ideología colonialista se expresa en el conflicto entre latinos y anglosajones. Mientras ambas culturas se encuentran en pugna cultural y material, Latinoamérica, sumida en una «minoría de edad» que se fundamenta a ambos lados del Atlántico, se debate en una crisis de identidad permanente.

El conflicto entre latinos y anglosajones suscitado por el expansionismo de estos últimos, se desarrolla en el vasto escenario de las Américas y al decir de Ambrosio Fonet, en el primer tercio del siglo xx, el modelo latino, «asumió en nuestra América (...) tres orientaciones radicalmente diferentes: la que rescataba su oposición al expansionismo yanqui, ahora caracterizado como imperialismo, la que se identificaba con la doctrina Monroe y la que perpetuaba su veta racista, reformulada ahora como ideología de la hispanidad» (Fonet, 2009:60).

Dicho modelo, después de haber servido a Francia desde 1836 para consolidar su propia identidad como nación, no se desprende de un fuerte sentimiento de hegemonía política y superioridad cultural. Ya a mediados del siglo xix el *latinismo* se halla en trance de convertirse en *hispanismo* e intenta renovar las estructuras del viejo régimen y crear un gran fuerte defensivo bajo la tutela española en las colonias y ex colonias de ultramar. Dicho *hispanismo* evoluciona hacia distintas formas desde las últimas décadas del siglo xix, hasta alcanzar su máxima radicalidad en la segunda década del siglo xx.

Los estudios acerca del *Hispanoamericanismo* —como movimiento cultural— provienen fundamentalmente de autores españoles. Las obras consultadas, tanto de la época abordada, como posteriores, difieren en cuanto a su denominación, basándose sobre todo en los fines perseguidos por la metrópoli con sus antiguas colonias. Sin embargo, los intelectuales —contemporáneos o no— que denominan

a esta corriente como *Panhispanismo* no son autores españoles, sino franceses o norteamericanos.

Al parecer el primero en denominarlo *Panhispanismo* fue el connotado pensador cubano Fernando Ortiz en 1910, al referirse a las intenciones de reconquista intelectual de España en América, especialmente en Cuba (Ortiz, 1912:7). En estudios más contemporáneos, como el de Fredrick Pike, quien ha estudiado la política exterior española hacia América en 1970, el término utilizado es *Hispanismo* (Pike, 1971). Los autores españoles —especialmente los dos principales promotores del citado movimiento— Rafael María de Labra y Rafael Altamira lo denominaron *americanismo*¹. Solo una vertiente más reaccionaria dentro de este movimiento se nombra a sí misma panhispanista.

Constituye una regularidad que el término *panhispanismo* es asumido explícitamente por algunos autores de la época abordada, pero no por estudiosos posteriores. Según Enrique Ubieta Gómez este fue sustituido rápidamente por otros menos explícitos, respondiendo a los intereses solapados de la antigua metrópoli, y en escasas ocasiones se encuentra como una acepción posible del vocablo *Hispanoamericanismo* (Ubieta, 1993:15). Sobre todo, los autores españoles, así como enciclopedias y diccionarios de distinta índole no lo asumen, algunos lo consideran una acepción dentro del movimiento hispanoamericanista o simplemente lo asumen como sinónimo.

El movimiento hispanoamericanista evoluciona hacia nuevas formas cada vez menos progresistas a partir de 1898. La forma panhispanista de este movimiento, promovido por los intelectuales liberales españoles, surge como corriente de pensamiento en virtud del mermado poder político sobre Hispanoamérica en España, llegando a radicalizarse en los años veinte en la reaccionaria corriente de la hispanidad.

Sus antecedentes como tendencia, se sitúan en las últimas dos décadas del siglo XIX, por ser en este período en el que adquiere identidad dentro del panorama intelectual español. Como componente básico del nacionalismo y de su política exterior, el Hispanoamericanismo tuvo como motivo explícito la conformación y promoción de una comunidad cultural entre España y las repúblicas americanas. Desde distintas posiciones y con distintos matices, se expresa en la acción oficial española —la más conservadora— hasta la iniciativa privada, mediante las instituciones y la intelectualidad de la época. En cualquier caso, el hispanoamericanis-

1. Rafael María de Labra (1841-1918). Cubano de nacimiento. Abogado y político. A partir de 1868 representó a Cuba y Puerto Rico en las cortes españolas. Rafael Altamira (1866-1951). Historiador y profesor de la Universidad de Oviedo. Fundador de la revista *Crítica de Historia y Literatura Españolas, portuguesas e Hispanoamericanas* en 1895. Principales protagonistas del americanismo español durante el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

mo es un movimiento surgido por la necesidad de la burguesía liberal española de reencontrar mercado —entiéndase, económico, cultural, académico, de todo tipo— en reacción a la política conservadora y reaccionaria de la España oficial con respecto a América (Sepúlveda, 2005:65).

Desde sus inicios, el hispanoamericanismo fue un movimiento nacional con una idea transnacional, donde confluyeron varias corrientes de pensamiento y actuación que tuvieron los vínculos entre España y las repúblicas americanas como objeto de reflexión y ejecución. Se sostuvo en la creencia ideal de una identidad común entre americanos y españoles, basada en una comunidad cultural centrada en las consecuencias del pasado común, que no era otro que el período colonial. Dicha creencia se fundamentó en vínculos históricos, idiomáticos, filosóficos y religiosos.

Desde las últimas dos décadas del XIX, Rafael María de Labra consideraba que era imprescindible el diseño de una estrategia modernizadora que dotara al Estado español de una nueva política internacional. Esta nueva política incluía acciones amistosas hacia las repúblicas hispanoamericanas, la implementación de un régimen autonómico en Cuba y Puerto Rico y un trato preferencial a los españoles residentes en América. Con el propósito de adelantarse al segundo congreso Panamericano que los Estados Unidos deseaban realizar en México en 1901, organizó en Madrid el Congreso Hispanoamericano.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX se producen acontecimientos que hicieron variar las posturas de americanos y españoles; fueron —según Labra— «la aparición de nuevos problemas políticos y sociales en América, la institucionalización del panamericanismo y el enfrentamiento hispano-estadounidense de 1898 lo que provocó un retorno a la «intimidad» o unión hispanoamericana (Labra, 1901:67).

En estos primeros antecedentes del hispanoamericanismo van quedando sentados los principales elementos que van a sustentar a este movimiento durante las dos primeras décadas del siglo XX. Los elementos conformadores e identificativos de la comunidad cultural que el Hispanoamericanismo trató de conformar fueron el concepto de raza, el idioma, la religión y la determinación de un enemigo externo: los Estados Unidos. Los agentes operativos que ejecutaron estos programas según un análisis de los principales protagonistas, instituciones y órganos implicados demuestran que este movimiento se desarrolló en los agentes institucionales, el mundo académico, las comunidades de emigrantes en América y las asociaciones americanistas creadas con la explícita misión de promover el hispanoamericanismo.

De acuerdo con Isidro Sepúlveda los antecedentes del hispanoamericanismo en la década del 90 se quedaron en celebraciones, discursos y festividades. La labor de la asociación americanista española más importante, la Unión Iberoamericana (UIA), fundada en 1885, en esta etapa tuvo escasos beneficios para el desarrollo de las relaciones entre España y América.

Los sucesos del 98, tal y como afectaron al movimiento citado en general, cambiaron las bases y acciones de la UIA. La organización y celebración del Congreso Económico y Social Hispano-Americano en 1900, tuvo una activa participación de intelectuales, políticos y hombres de empresa americanos, que contrastaba con la posición anterior de presencia sólo española. Este es el momento en que se desarrolla el regeneracionismo americanista².

Del «desastre del 98» se derivaron tres hechos principales: la salida definitiva de España como potencia colonial de América, la intervención estadounidense fuera de sus fronteras y la continuación en Cuba de una larga marcha hacia la soberanía nacional. Esto potenció dos corrientes de opinión a ambos lados del Atlántico que acabaron transformando al hispanoamericanismo. España, en su pretensión de reencontrar su identidad, descubre la importancia de América para definirla, y esta última se opone a la política exterior de los Estados Unidos y se solidariza con la antigua metrópoli.

Los panhispanistas pretenden presentar a España como un modelo alternativo de desarrollo frente al panamericanismo. Su doctrina parte de las premisas de la legitimidad de todas las guerras de independencia, el abandono de las nostalgias sobre una reconstrucción del imperio colonial y del énfasis en el impulso a grandes migraciones hacia Hispanoamérica como recurso financiero, al concebir las «colonias» de inmigrantes españoles en cada nación como agentes fundamentales del proyecto panhispanista.

Se trataba de «promover iniciativas culturales factibles, personales o institucionales para acelerar e incrementar el sentimiento de pertenencia a una comunidad fraternal de naciones con una lengua común, identidad de raza y de valores idiosincrásicos» (Sepúlveda, 2005:200). La base de la creencia en una «comunidad hispanoamericana» se encontraba en la conquista y colonización del continente americano.

Para la intelectualidad española se trataba de una batalla contra las «tergiversaciones y malas interpretaciones» sobre la dominación española, lo cual de acuerdo con Sepúlveda «(...) era especialmente necesario para el Panhispanismo, que mantenía que no había existido mejor modelo colonial que el llevado a cabo por España en tierras americanas en lo referente a la protección y defensa de los derechos del indígena» (Sepúlveda, 2005:226).

Una de las formas en que España enfrentó este reto fue el sometimiento al trabajo científico y a las evidencias documentales que constituyeron la base del desarrollo de la actual historiografía americanista. La reivindicación de la labor

2. En esta etapa se creó la Fiesta de la Raza el día 12 de octubre, la cual fue acogida por todos los países iberoamericanos.

de España fue obra de historiadores como Marcelino Menéndez Pelayo, Julián Juderías, Rafael María de Labra, Antonio Carranza y Rafael Altamira, cuyas investigaciones históricas tuvieron el fin último de contrarrestar puntos concretos o generales de la leyenda negra. En la práctica significó un revisionismo histórico que en gran parte centró su esfuerzo en demostrar las bondades de los sistemas o los personajes vilipendiados por la publicística antiespañola.

Se hizo referencia obligada a las *Leyes de indias*. Si Labra elogiaba su «humanitaria nobleza»; Altamira, sin ningún sentido peyorativo, calificaba su espíritu de «paternalista y tutelar»³. La campaña llevada a cabo por medios publicísticos, utilizó argumentos movilizadores de la sociedad, mediante la comparación entre los métodos colonizadores de España, las otras potencias europeas y Estados Unidos. Quedaba claro el triple objetivo de dicha campaña: negar las supuestas bondades del sistema colonial anglosajón, ensalzar la ausencia de racismo en la colonización española y exponer una motivación biológica para excusar el estado hispanoamericano de debilidad en relación al anglosajón. Esto explica el discurso de los intelectuales americanistas, sus congresos y viajes por América al inicio del siglo xx.

El Panhispanismo se desarrolla dentro de un sector del regeneracionismo español que asumía como una de las líneas principales para la propia regeneración nacional: «la reconquista espiritual de América» a propósito y sobre todo por la situación de Latinoamérica de temor ante la hegemonía norteamericana. La literatura panhispanista, así como la contemporánea que lo estudia, plantea que el panhispanismo, a diferencia de imperialismos como el pangermanismo y panlatinismo, no surgía de pretensiones expansionistas sino que partía de posiciones defensivas, por lo que utilizaba la amenaza exterior como principal causa y origen de la necesidad de asociación supranacional.

La corriente panhispanista establece como su base ideológica los trabajos de Marcelino Menéndez Pelayo, donde se reunían las tres dimensiones de esta tendencia: recuperación filológica e histórica de la continuidad hispánica en América, legitimación científica de presupuestos ideológicos conservadores y fundamentación religiosa de la labor española en América⁴.

Los componentes conceptuales del panhispanismo, se resumen en un fuerte contenido nacionalista, en la defensa y exaltación de la religión católica, así como en la reivindicación del pasado colonial español. Pero, sobre todo, en la defensa

3. Por este mismo empeño se celebraron en Sevilla cuatro congresos de Historia Hispanoamericana, en (1914, 1921, 1930 y 1935).

4. Esta última cuestión terminó siendo el factor de conservadurismo del movimiento hispanoamericanista, que llegó a su máxima expresión en la hispanidad en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera.

de un orden social regulado por parámetros burgueses con fuerte contenido jerárquico. América era importante para el panhispanismo en tanto mantuviera la herencia del período colonial, se identificará en su presente con la España coetánea y aceptara el destino protagonista de la antigua metrópoli. La antigua colonia tenía algún significado, en tanto fuera una prolongación española y esta pudiera afirmar su identidad.

Es necesario tener en cuenta que los intelectuales españoles y latinoamericanos incluidos aquí en la corriente panhispanista, no se autodeclaran tal, salvo algunas excepciones, por las mismas características que impone el movimiento. Al referirse a los que detentan estos rasgos en la corriente panhispanista Sepúlveda plantea: «Estos rasgos no son propios de un grupo determinado de pensadores o políticos españoles de principios de siglo, sino que puede ser rastreada su influencia en distinto grado entre la mayor parte de españoles que se han preocupado en las relaciones hispano-americanas» (Sepúlveda, 2005:68).

Esta afirmación deja ver que los límites entre una tendencia progresista dentro del hispanoamericanismo, el panhispanismo y su tendencia más conservadora: la hispanidad, son muy escasos. Autores como Sepúlveda utilizan indistintamente a Ramiro de Maeztu, en la tendencia panhispanista para demostrar la vertiente que desemboca en la hispanidad y también al demostrar las concepciones del hispanoamericanismo progresista.

El panhispanismo parte de la importancia de la religión debido a razones históricas y sociales. Su concepción histórica respecto al descubrimiento, conquista y colonización de América hacía de España un instrumento divino para la ampliación del ámbito territorial y humano de la fe católica. El medio más adecuado para llevarlo a efecto era el reforzamiento de la unión con los países hispanos, lo que conllevaría a una mayor influencia mundial y reportaría un incremento del prestigio de la «raza hispana», de ahí la importancia del clero como agente de este movimiento.

En la opinión de Sepúlveda, el hispanoamericanismo abogaba «por la formación de una Sociedad de Naciones hispanoamericanas, cuya misión apostólica era el mantenimiento de un orden internacional basado en la paz, la justicia y la moralidad cristiana. Este planteamiento era común al panhispanismo, reafirmado en las pretensiones de un neocolonialismo espiritual basado en la tutela cultural de España sobre América» (Sepúlveda, 2005: 80).

Uno de los temas más reiterados en esta corriente, fue la necesidad de incrementar la cooperación española en materia educativa, ya fuera mediante el envío de profesores españoles a universidades americanas, la donación de libros de texto o a la práctica de una política de becas para la movilidad de estudiantes españoles y americanos. Esta cooperación se presentaba como el camino más adecuado para «conservar en los hispanoamericanos la unidad del espíritu de la raza» (Altamira, 2007:34).

En cuanto a la política a seguir con los Estados Unidos hubo diferencias, por lo que se cuestionaba si debía España colaborar de algún modo con Estados Unidos en su política hacia América (Altamira, 1927:118). De este modo nació la idea de una división de América bajo dos influencias principales: la económico-comercial, bajo la hegemonía de Estados Unidos y la cultural sentimental por parte española. Se sostuvo la idea ingenua de que los tradicionales valores hispanos vigentes en América no serían suprimidos por la hegemonía comercial estadounidense, sino que incluso condenarían al fracaso al panamericanismo.

En un análisis sobre *Cuestiones hispanoamericanas*, Altamira presenta la idea de que España necesita a América para salir de ese estado de postración, como América a España para combatir una doble amenaza: la política exterior norteamericana y la reestructuración de la sociedad americana. La finalidad del *hispanismo* para Altamira no es una relación internacional meramente económica, sino la de defender, cultivar y perfeccionar la modalidad hispana, así como contribuir a buscar lo «genuinamente español». Las ideas que sustentan las acciones de Altamira son las de «destino histórico común» y la de «fomentar la idea de patria».

Es necesario aclarar que el hispanoamericanismo no es un movimiento estrictamente español, sino que es el resultado de un debate de búsqueda de identidad nacional tanto para España como para Latinoamérica. Esto encierra, para ambas, una reevaluación de lo que cada una significa para sí. Mientras que España reflexiona sobre la importancia de América en su identidad y posibilidades de proyección, ésta se debate en la continuidad y persistencia de valores heredados durante la administración colonial. Esto le imprime un doble carácter. Por un lado, las intenciones de España en cuanto al restablecimiento de las relaciones con América concebidas desde una posición de superioridad y las de América con respecto a España, quien las concebía desde un trato entre iguales, por lo que se manifiesta una doble intencionalidad. Se producen entonces dos corrientes de opinión una a cada lado del Atlántico:

1. Pretensiones de España de reencontrar una identidad en la que descubre la importancia de América para definirla y
2. Solidaridad americana con España y cambio de opinión con respecto a los Estados Unidos.

Más allá de las diferencias dentro del movimiento hispanoamericanista en cada uno de sus momentos históricos, es perceptible un claro sentido elitista, tanto en la incidencia de los grupos conservadores y progresistas españoles, como por el unionismo americano. Este elitismo se manifiesta con un tono claramente paternalista, tratando de lograr la integración social mediante la expansión de la educación o el orgullo a la pertenencia de una comunidad.

A pesar de la diversidad en sus formas y denominaciones, así como de la participación a ambos lados del Atlántico, la superioridad de lo español se deja

ver más o menos explícitamente. Decían Magariño y Puigdollers, panhispanistas conservadores, discípulos de Rafael Altamira: «Sabemos de seguro que al término de nuestra posible generación, nos aguarda la espléndida recompensa del Panhispanismo» (Magariño y Puigdollers, 1926:10).

Las intenciones de hegemonía española quedan claras cuando expresa Francisco Silva:

Nuestra doctrina panhispanista es la perennidad del Estado imperial afirmado en la historia por una raza común y una sola lengua» (Silva, sf.:426). Los más conservadores expresan explícitamente un sentimiento de menosprecio hacia Latinoamérica, al concebirla incapaz para sostenerse por sí misma. La consideran como una continuidad histórica en el imperio español, al punto de no reconocer su independencia y considerarla como la deformación del sentimiento nacional hispánico. «Nuestra América-agrega Silva- ya sabe el camino: aliada con España, puede salvar su civilización; aislada sin España, sin duda sucumbe bajo los yanques (Silva, sf:14).

Hasta en intelectuales de mayor crítica al hispanoamericanismo hegemónico y oportunista como es el caso de Rafael María de Labra, se reconoce en el trasfondo de su discurso la superioridad histórica del español, así como el verdadero objetivo de regenerar a España ante la comunidad internacional, utilizando a Latinoamérica como medio.

Si bien las bases del hispanoamericanismo se establecen cuando España aún es una potencia colonial media, el panhispanismo aflora en una situación de franco desconcierto, frustración y desesepo del decadente imperio español. Constituye una corriente ideológica que abarca la defensa y expansión de los intereses de España en los pueblos de habla hispana, partiendo de los nuevos métodos del imperialismo moderno y de la necesidad de sobreponerse como potencia mundial de la antigua metrópoli. Aunque carecía de futuro en América y en Cuba, por entenderse como involución histórica, el panhispanismo fue el argumento que por muchos años defendió la pequeña burguesía más conservadora de la época.

FERNANDO ORTIZ FRENTE AL PANHISPANISMO

La polémica entre el panhispanismo y el panamericanismo había hecho reflexionar a muchos intelectuales alrededor de dos interrogantes esenciales: *¿hasta dónde debemos asimilar el espíritu norteamericano?* *¿hasta dónde debemos mantener la hispanidad?* Para ambas interrogantes hubo respuesta a través de la controversia de ideas que se desató en la segunda década republicana y que puso al pensamiento cubano en alerta frente a los numerosos peligros que aún la acechaban.

Las posiciones en la polémica fueron diversas. Hubo intelectuales que participaron en esta controversia de ideas desde posiciones españolizantes, como Mariano Aramburo (Ortiz, 1987:X-XIII; Ubieta, 1993:22 y 36), Otros absoluti-

zaron la necesidad de negar los viejos valores que España aún exhibía, para llegar a una posición de rechazo absoluto de la vertiente hispana de nuestra identidad, como ocurre con Jesús Castellanos. Una parte significativa de la intelectualidad cubana, sin embargo, tomó posición de distancia respecto de ambos extremos. Es representativa la postura de Carlos de Velazco, quien plantea que antes de «americanizar» o «deshispanizar» a Cuba había que «cubanizarla». Eliseo Giberga, por su parte, fue más ambivalente en su visión del problema. Al referirse al carácter de ambas corrientes delimita que el panamericanismo ha de ser un movimiento de tendencia política y el panhispanismo el «completamiento» del panamericanismo eliminándose cualquier peligro que esta última pudiera entrañar para el desarrollo orgánico de nuestras nacionalidades.

La obra de Fernando Ortiz en este ámbito nos proporciona respuestas concretas a todas las aristas de la polémica. Siguiendo el espíritu de José Martí, que supo deslindar entre la visión que sobre Cuba y sus luchas por la independencia tenía el pueblo español y los políticos, gobernantes o en oposición, confiaba en una recepción solidaria del pueblo español a sus denuncias y entendía que esclarecer estas posiciones a los intelectuales españoles podría contribuir a la búsqueda de aliados temporales entre los liberales más consecuentes y radicales. Hizo partícipe a los españoles del proyecto republicano descolonizador, en contraposición con los criterios de Labra y Altamira, que eran partidarios de las «colonias» de residentes estructuradas como avanzadas de intereses ajenos a un proyecto nacional (Cairo, 1998:103).

Fue Ortiz quien mejor articuló una respuesta cubana al panhispanismo, que abarcaba «la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España a los otros pueblos de lengua española, influencia intelectual y moral, conservación del idioma, proteccionismo aduanero, privilegios económicos, etc» (Ortiz, 1912:7). Porque, tal y como plantea, «Esa cruzada española por la raza y el idioma es una conquista espiritual de América encubriendo una campaña de expansión mercantil, es una paradoja impotente aunque engañosa, es un mimetismo imperialista, es una utopía internacional, es un egoísmo idealizado, es la triste figura de Sancho con celada y con lanzón» (Ortiz, 1912:104).

Sus obras *La reconquista de América* y *Entre cubanos* recogen la posición sabia y mesurada, y a la vez firme en medio de la polémica. Veamos su posición frente al panhispanismo, cuestión que nos ocupa.

En el libro *La Reconquista de América*, que agrupa cuarenta y cinco trabajos de espíritu muy polémico, Ortiz trabaja algunos de los conceptos que posteriormente le harán ubicarse entre los autores que más han aportado al problema de la identidad en Cuba (raza, cubanía, cubanidad, transculturación), a pesar de no tenerlos aún completamente perfilados. Apunta hacia problemas candentes de la identidad cubana, sobre todo en lo concerniente a los procesos de conservación y asimilación de nuestra cultura. Una reconquista por parte de España era inadmi-

sible, pero lejos de rechazar vínculos históricos, Ortiz concibe estos vínculos a la altura de las nuevas circunstancias y exigencias. En este libro de Fernando Ortiz subyace un rechazo al dominio cultural de España, y se manifiestan los debates que dieron lugar a una amplia polémica entre intelectuales cubanos y catedráticos de Oviedo y Valladolid: Rafael Altamira, Adolfo Posada y Vicente Gay, así como el poeta Salvador Rueda y el ex autonomista Rafael María de Labra, precursor de la idea de la «intimidad ibero-americana».

Ortiz publica un artículo en *El Tiempo* en 1910, dando luz sobre la comprensión de la corriente panhispanista en Cuba y sobre sus principales heraldos.

Así vemos a Altamira y a Labra, por no salirnos de los principales americanistas españoles, luchando contra el presente atraso mental de España, pintado por ambos y especialmente por el primero con los más negros colores y promoviendo una corriente de opinión en pro de lo que sin peligro de impropiedad pudiera llamarse el «panhispanismo», así como a los pedagógicos consejos de Fichte se unieron sus arengas «pangermanistas», destinadas a contrarrestar la acción expansiva de las otras razas (Ortiz, 1912:5).

Ortiz caracteriza el panhispanismo de la siguiente manera:

El panhispanismo, en este sentido, significa la unión de todos los países de habla cervantina no sólo para lograr una íntima compenetración intelectual, sino para, también, conseguir una fuerte alianza económica, una especie de «zollverein» (asociación), con toda la trascendencia política que ese estado de cosas produciría para los países unidos y en especial para España, que realizaría así su misión tutelar sobre los pueblos americanos de ella nacidos (Ortiz, 1912:5).

Aclara que esas palabras no son suyas, sino de los catedráticos de Oviedo, informantes a un Congreso Hispanoamericano de 1900, y explica como el panhispanismo abarca la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los otros pueblos de lengua española: influencia intelectual y moral, conservación del idioma, proteccionismo aduanero, privilegios económicos, legislación obrera para sus emigrantes, etc. «Se trata, y bien claro lo dijo Rueda en su delirio poético, de crear la inmensa Hispania» (Ortiz, 1912:5).

Los elementos que definen al panhispanismo como un proyecto de recolonización pacífica son, según Ortiz, los siguientes (Ortiz, 1912:5).

1. Unión de los países de habla hispana.
2. Dominio español mediante la historia, religión, tradiciones y valores comunes.
3. Íntima compenetración intelectual, económica y política.
4. Defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España a los otros pueblos de habla española.
5. Misión tutelar de España sobre los pueblos americanos.

En «El caballero encantado y la moza esquiva» Ortiz resume simbólicamente, toda la controversia panhispanista. Las palabras de Ricardo Viñalet sintetizan la dimensión ideológica de esta singular obra que resume la controversia planteada a lo largo de estas páginas: «Patriótico, digno, insobornable desde la otredad cubana frente a España y a Estados Unidos, esta versión libre de una novela es mucho más: constituye declaración identitaria y lección de ella. En última instancia, es grito del derecho a ser ante cualquier intento de absorción» (Viñalet, 2000).

La respuesta de Fernando Ortiz a Rafael Altamira, de la Universidad de Oviedo, es precisa al defender el derecho de Cuba a «huir» de la injerencia material y moral de la hegemonía española (Cairo, 1998:100).

Rafael Altamira fue un historiador y profesor interesado en propiciar un diálogo entre especialistas de toda Hispanoamérica. Había fundado en 1895 la revista *Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*. En el discurso de apertura del curso académico, titulado «El patriotismo y la Universidad», aboga por un establecimiento de relaciones intelectuales permanentes entre los centros de educación superior de España y América, publicando en 1900 un libro donde recoge parte de este discurso (*Cuestiones hispanoamericanas*), asumiendo este tipo de proselitismo en la revista *España* que editaba en Buenos Aires.

Reconociendo España el peligro que representaba el imperialismo y el predominio de las «razas» sajona y germánica, propició una serie de programas americanistas considerados como una reconquista espiritual de América; uno de sus principales representantes fue Rafael Altamira, quien planteó soluciones desde una perspectiva ideal aplicando una política pedagógica⁵.

A pesar de que Altamira en su conferencia en la Universidad de La Habana puso cuidado en puntualizar que la campaña que se estaba llevando a efecto de regeneración y en pro de la influencia espiritual de España en América debía entenderse muy alejada de la idea de un desquite militar, Ortiz considera las diversas formas que podía asumir el imperialismo y observa el surgimiento de un nuevo sentimiento expansivo español, que sin poder soñar con expansiones militares se polarizaba hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en el continente, o sea, hacia una «rehispanización tranquila» o un «neoimperialismo manso» (Ortiz, 1912).

Cuando el profesor Lanuza, de la Universidad de La Habana, dedica al profesor Altamira una conferencia de despedida, reflexiona alrededor de la importancia de su visita y del curso que debían tomar la fraternas relaciones con

5. España debía restaurar el crédito en su historia con el fin de devolver su imagen «civilizatoria». Contribuía a esta empresa la distinción de los aspectos considerados «positivos» de la colonización y a defender en lo que fuera posible, los aspectos «negativos» del pasado conquistador- que obviamente-no podían ser negados, acudiendo de esta forma a una necesaria comunidad con los pueblos americanos.

España, para detenerse más adelante en la influencia de EEUU. En Cuba, a la luz de las discusiones sobre el panamericanismo y el panhispanismo. Opina que esta influencia sería dañina y absurda si fuese excesiva, si no se mantuvieran los límites sociológicamente razonables. De esta forma nos serviríamos de la influencia de una grande y poderosa civilización moderna, para no dejar de ser «modernos» y «americanos». «Esta influencia- había dicho Lanuza- no ha de dirigirse hacia una precipitada imitación simiesca de las instituciones jurídicas privadas de los vecinos, porque ello sería un desaguisado social».

Utilizando la inspiración que le brindara Lanuza, Fernando Ortiz explica a Altamira los obstáculos de una campaña hispanizante en Cuba en las circunstancias en que se desenvolvía el país, y que no se circunscribían a la influencia del panamericanismo. «Pero si el panamericanismo que con más o menos clarividencia se siente en Cuba, traducido especialmente por la influencia de la civilización septentrional es granítico obstáculo a la campaña hispanizante, no es menos poderoso el no apagado eco del fragor que retumbara en la manigua virgen y el rescoldo del fuego que una vez encendieron, no la antorcha de la cultura, sino el pedernal y el eslabón de la pétrea dureza metropolitana y de la férrea cadena esclavista y la tea purificadora de la revolución» (Ortiz, 1912:97). De aquí se desprendían los escollos fundamentales encontrados por Altamira, tal como le explica Lanuza en su conferencia de despedida y le enfatiza Ortiz en su artículo, pero asimismo le recalca que la idea de confraternidad hispanoamericana, si halla en Cuba obstáculos que acaso no encontró en el resto de los países de América Latina, tiene en cambio la conveniencia especial de facilitar la comunión de afectos y el olvido de pasiones antagonicas.

Se despidió el propio Ortiz de Altamira de la forma siguiente:

(...) y cuando habléis de Cuba a vuestros compañeros de la Cátedra y a nuestros hermanos de la *España nueva*, decidles en nombre de los Lanuza, de los Sanguily, de los Cabrera, de los Cancio, de los Castellanos, de los hijos todos de la también *nueva Cuba* que aún no ha muerto el nacionalismo cubano, que aún se agita el separatismo en los maniguales de la idea para libertar al alma cubana de las zarzas del coloniaje espiritual que la aprisiona (...) que si no queremos ver absorbida nuestra modesta personalidad por los norteamericanos tampoco queremos ser mental ni políticamente españoles, que como dijo Lanuza, queremos ser modernos y americanos, o como decimos todos, queremos ser cubanos (Ortiz, 1912:97).

Por eso asume como una responsabilidad de los intelectuales hispanoamericanos con otro espíritu más allegado al de la generación de intelectuales españoles posterior al 98, el hecho de no encogerse de hombros ante esta campaña de los politicastros españoles y analizar en profundidad la importancia finalidad y trascendencia del panhispanismo.

Sería suicida el olvido del problema —señala Ortiz— y estamos satisfechos de haber afrontado su examen en claro y sin rodeos, aún a trueque de acarrearlos la enemiga, no ya de la colonia española, cuyos intereses materiales y morales son los mismos nuestros, sino la de algunos directores de la misma, mal avenidos aquí como los politicastro de allá, con todo lo que signifique modernización, americanismo y cambio de horizontes.

Y culmina diciendo:

Estúdiase el problema desapasionadamente en la pluralidad de sus fases, que especialmente en Cuba, tiene un gran significado para su civilización futura y la orientación de su actividad social. Examínense los aspectos complejos de esos tratos proteccionistas y de esos intercambios profesionales, y de la fuerza del idioma y hasta de la raza (Ortiz, 1912:97).

En «La reespañolización de América» Ortiz explicó que toda la prensa española hablaba de la raza y se convertía en un «racismo blanco», tan perjudicial como el «racismo negro». No obstante, es importante destacar que Ortiz reconoció que Altamira trató de despojar lo abominable de esta concepción. Solo que su idealismo docente lo hizo representante de pasiones ofensivas. Para Ortiz aquí radicó el equívoco de Altamira: no desmintió, según su linaje intelectual, a la representación teatral racista que se fomentaba desde España (Ortiz, 1998:150).

La crítica de Ortiz se dirige, además, a la utilización de la noción de *raza* lanzada por la Universidad de Oviedo a los centros docentes hispanoamericanos «se habla de la raza española como de núcleo social de existencia indiscutida» para el restablecimiento de la influencia espiritual de España:

(...) Existe esa ilusión de raza [...] porque se quiere que exista, porque los sentimientos agresivos sienten la necesidad de una máscara, de una disculpa, que todo eso es la raza al sentimiento imperialista. Es máscara, porque la adhesión de la idea de raza al sentimiento imperialista tiende a su mayor vigor y fortaleza. [...] hoy el principio antropológico de raza, aun siendo socialmente ilusión, como lo fue el principio religioso ayer, sea un vigorizante y sustituto ideológico del imperialismo (Ortiz, 1998:15).

En varios momentos de su obra, Ortiz alude al relativismo científico de las distintas clasificaciones de razas y se refiere, en el caso concreto de España, a su diversidad étnica, destacando que la existencia de una raza hispana no puede concebirse sino como una base científicamente impropia y convencional de carácter geográfico. Su posición crítica ante el positivismo en su discurso «Ni racismos ni xenofobias» evidencia que el racismo hispánico es tan nocivo a los países de América como puede serlo el «racismo negro» o el «racismo indio» y aún el «nórdico» o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras (Ortiz, 1955:60).

Con la negación del significado del término «raza», ya fuera categoría social, cultural o étnica, Ortiz cuestionó la importancia que se le asignaba como sostenimiento de las relaciones españolas y americanas; a esa concepción de «raza» superpuso la de cultura.

La abierta negación a los programas americanistas españoles propició asumir una hispanidad diferente, la cual no negó la herencia cultura hispana. Se desentrañaron los componentes culturales que unían a Cuba y España.

Ortiz reconoce el valor de la defensa del idioma español, que proporcionaba la posibilidad de un vínculo cultural más profundo con España y el resto de los países de esa lengua, lo que podría promover la asociación en empresas de Literatura, etc, pero desprecia los alardes que en este sentido realiza el panhispanismo al reducir los límites de la fuerza de España en ese momento al problema de la comunidad de idioma, o a la fuerza de la raza y la religión, en lugar de preocuparse por cuestiones más decisivas, como la industria, el comercio, la agricultura, el ejército, la escuela, la ciencia, la civilización (Ortiz, 1912:48).

En el discurso de Fernando Ortiz alrededor del problema del idioma en las relaciones hispanoamericanas hay un claro rechazo a los planteamientos de Rafael María de Labra en defensa ciega de todos los nuevos mecanismos de dominación sutil que se estaban gestando, olvidándose de que muchos de los cantos al idioma a la raza y hasta a la religión se realizan al ritmo de los intereses de la península, «porque se piensa que reconocida la unidad de estos pueblos con España, no ha de ser sobre bases igualitarias, sino sobre la base fatal, lógica e inexcusable de la hegemonía española, de la nación que unas veces llaman *madre* con misión tutelar, como dicen los catedráticos de Oviedo, y otras *hermana mayor* y *representante* de las demás, como dice Labra» (Ortiz, 1912:48).

Otra proyección del enfrentamiento de Fernando Ortiz a la corriente panhispanista fue su fundamentación de la deshispanización del clero y la enseñanza, porque observa el peligro que corría la República al poner a los niños en manos de curas españoles y franceses, enemigos de la libertad y la civilización moderna (Ortiz, 1912:205).

La obra de «reespañolización de América promulgada por los panhispanistas podría ser una obra muy patriótica para España, pero nada útil para los pueblos que necesitan para salvarse de una fuerte integración de fuerzas. Pero Ortiz puntualiza que el espíritu cubano al proyectarse de esta manera está libre de todo sentimiento hispanóphobo, y sí inspirado en «la más castiza hidalguía criolla que es orgullo cubano y que todos reconocemos deber a la buena gente de Castilla y en el convencimiento adquirido por nuestra experiencia de que así España como Cuba, como los pueblos todos de Iberoamérica, que toda la familia está bastante atrasada por defectuosidad troncal, debemos subir a los estratos de cultura contemporáneos con nuestro propio y constante esfuerzo» (Ortiz, 1912:79).

Luego del desastre del 98 Ortiz observa el surgimiento de una pléyade de «heraldos» de una joven España: Costa, Morote, Pardo Bazán, Altamira, Una-

muno, Maeztu y muchos más, que se consagraron a desentrañar las causas de las dolencias de España y a buscar paliativos para ellas, diagnosticando la «atrofia del sentido de progreso» causado por el alejamiento secular de los focos de cultura. Pero a esto que Ortiz llama «ola de sana profilaxis y oxigenación» siguió una cruzada de la *vuelta a América* donde los desprecios y rencores se trocaron en un furor amoroso llevado hasta el ridículo.

Dentro de esta campaña Ortiz destaca la buena intención de personalidades de mentalidad avezada, como Labra y Altamira, que sin resistir la corriente panhispanista, no dejaron de propagar en la misma España la necesidad de progresar, de modernizar y hasta de recibir de la propia América «hábitos de vigor y democracia». «La tarea es noble para ellos: modernizar a España, darle todo el nivel de la cultura intensa que le falta, acercarla a Europa y a los Estados Unidos y al mismo tiempo fortalecer el sentimiento hispanista en Iberoamérica, hacer que en ésta perdure el espíritu de España y para ello alejarla de las otras influencias europeas y separarla de los EU» (Ortiz, 1912:104). Rafael María de Labra se había ya referido a la inevitable intimidad iberoamericana, ocasionada por la compenetración histórica de España y América, intimidad moral, intelectual y aún política fuera de fórmulas jurídicas y apariencias oficiales (Labra, 1906:36).

Es en el libro *Entre cubanos*⁶ donde Ortiz esclarece todavía más las posiciones de los intelectuales cubanos alrededor de la hispanidad. Llega a un reconocimiento pleno de los elementos culturales que nos unen a España. No niega la presencia de la hispanidad en nuestra cultura, pero en su carta abierta a Don Miguel de Unamuno, delimita qué parte del espíritu español hacía falta resucitar y asumir. En esta carta dice:

Nos hace falta, como a vosotros, resucitar a Don Quijote, a nuestro ideal que anda a tajos y mandobles con la farándula (...) Nos hacen falta caballeros andantes que nos sacudan, que nos despierten de esa modorra tropical en que la victoria nos ha sumido y que nos conduzcan como caudillos de fe a la conquista de nuevos lauros, que los laureles mambises no deben servirnos de dormidera (Ortiz, 1987:5).

La identificación con el Quijote demuestra una aspiración de incorporar a la sociedad los rasgos asignados comúnmente al hidalgo: perseverancia, voluntad

6. *Entre cubanos* nos permite observar un momento importante de la evolución de sus ideas sobre la cubanía, sus preocupaciones sobre la Patria, la crítica a una República nacida bajo el signo deformado de la intervención. Critica el choteo desmedido que desvirtúa toda crítica coherente, aspecto que posteriormente sería tratado por Jorge Mañach en su *Indagación al choteo*. Ortiz no deja de señalar momentos negativos del ser nacional, como la irresponsabilidad y la incultura en un momento en que se requerían «las más altas virtudes», pero no se detiene en estas limitaciones a la hora de reconocer las potencialidades de la cubanidad.

de liderazgo y capacidad para afrontar las adversidades. A ello se agrega la correspondiente distinción de «caballero» así como su desdén por lo terrenal, gesto que Ortiz asocia con la posibilidad de superar el afán de lucro y el oportunismo que corroen la vida republicana (Quiza, 2000:47).

«El rescate de la hidalguía —apunta Ricardo Quiza— constituye un recurso nemotécnico, que informa sobre el remoto origen de la identidad, sin herir las susceptibilidades surgidas del enfrentamiento hispano-americano. Al mismo tiempo el viaje a la semilla autoriza el reencuentro de los nacionales con el espíritu emprendedor de épocas pasadas dejándolos en condiciones de aceptar el reto de los americanos» (Quiza, 2000:48).

Abre así una brecha diferenciadora entre el hispanismo que se asumía como parte de nuestra cultura y el panhispanismo como corriente ideológica que abarca la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los pueblos de habla hispana. El antinjerencismo de Ortiz se mueve aquí hacia la detención de esos nuevos sentimientos «expansivos» de España expresados a través del panhispanismo.

Asimismo, describe el «latinismo» como caso extremo, que lleva al mismo racismo que la más racista corriente española, abogando por aspirar a un ambiente de cultura mundial si queremos «Patria fuerte».

Muchas veces —plantea— los hispanizantes, los que mantienen como norma salvadora del porvenir cubano, que suponen en grave trance, la acentuación de la influencia española, desvían, acaso sin darse cuenta, los términos del problema que de aquel modo ellos quieren ver resuelto, diciendo: Cuba debe ser latina, no puede ni debe olvidar su latina raza, y así queda casi, por un momento, olvidada la teoría de la hispanización y parece que surge otro racismo, el latino, para robustecer la corriente racista española (Ortiz, 1912:30).

Ortiz descalifica el concepto de «raza ibérica» al valorar a España como «mosaico étnico», concepto que en su opinión fue adoptado para significar la comunidad espiritual que une a los pueblos de habla hispana, cuando en realidad lo que produce esta vinculación y esta pertenencia troncal es una misma cultura aunque de variados matices. Ortiz defiende entonces que no se hable de raza, sino de cultura común. «La raza —dice— es concepto estático, la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura es además, una fuerza» (Ortiz, 1998:186). Por eso persiste en que se comprendan y se estimen a cabalidad las intimidades fraternas con España, como una necesidad republicana para la integración de todos los elementos constitutivos de la nación y el robustecimiento de la personalidad propia mediante la fuerza del idioma y su contenido de cultura que guarda tantas oportunidades (Ortiz, 1998:187).

Todas estas ideas se pusieron más tarde de manifiesto cuando en 1926 Fernando Ortiz funda la Institución Hispanocubana de Cultura, que no limitó sus a las rela-

ciones bilaterales entre España y Cuba, pues las extendió al universo del ser humano sin prejuicios de nacionalidad, raza, religión, idioma, sexo, edad o credo político (Toro, 1996). Siempre alineada a las causas progresistas y antirreaccionarias, la Institución puso de manifiesto su solidaridad con la República española (1930-1939) y su repudio al nazifascismo durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

Ortiz fue uno de los más representativos censores del panhispanismo, pero al mismo tiempo defensor de nuevas relaciones entre España y sus antiguas colonias, basadas en la hermandad y la fraternidad, en el reconocimiento de todas las raíces culturales, y por supuesto en aquellas tradiciones españolas asumidas por los cubanos en enriquecedores procesos de identidad cultural. Con su idea del rescate del Quijote para lograr la altura necesaria de las jóvenes repúblicas latinoamericanas, Ortiz hace valer los versos del poeta nicaragüense Rubén Darío:

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España.*

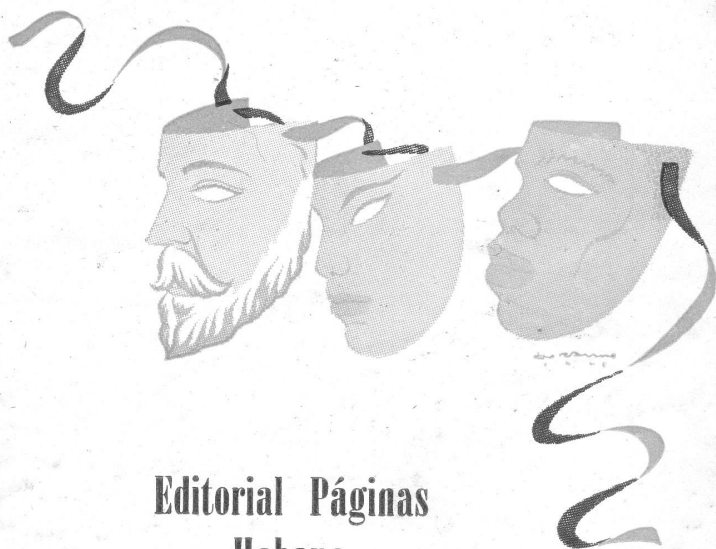
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTAMIRA, Rafael (1927). «España, Estados Unidos y América». *Las Españas*.
- ALTAMIRA, Rafael (2007). *Mi viaje a América*. Oviedo, Universidad de Oviedo.
- CAIRO, Ana (1998): «Contra el Panhispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz», en: *Temas*, núm. 12-13.
- FORNET, Ambrosio (2009). «Modelos, máscaras, mensajes: Ariel en la encrucijada». En: *Narrar la nación. Ensayos en blanco y negro*. La Habana, Editorial Letras cubanas.
- GUANCHE, Jesús, (1998). *Fernando Ortiz y España a cien años de 1898*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- LABRA, Rafael María (1906). «El problema hispanoamericano» *Discursos*. Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández.
- LABRA, Rafael María de (1901). *Discurso pronunciado en la inauguración del Congreso Hispano-americano el día 11 de Noviembre de 1900 en Madrid*. Madrid, Tipografía de Alfredo Alonso.
- MAGARIÑO, Santiago y Ramón PUIGDOLLERS (1926). *Panhispanismo. Su trascendencia histórica, política y social*. Barcelona: Editorial científico-médica.
- ORTIZ, Fernando Ortiz (1912). *La reconquista de América. Reflexiones sobre el Panhispanismo*. París, Librería de Paul Ollendorff.
- ORTIZ, Fernando. «Ni racismos ni xenofobias», en: *Revista Bimestre Cubana* 1955, Volumen. LXX.
- ORTIZ, Fernando (1987). *Entre cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- ORTIZ, Fernando (1998). «Ni racismos ni xenofobias» en: *Fernando Ortiz y España. A cien años del 98*, p. 186, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1998.

- ORTIZ, Fernando (1998). «La reespañolización de América», En: Jesús Guanche, Ed. Cit.
- QUIZA, Ricardo (2000). «Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930)». En: *Temas*, 22-23.
- SEPÚLVEDA, Isidro (2005). *El sueño de la madre patria, hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, Fundación Carolina.
- SILVA, J. Francisco V. *Reparto de América española y pan-hispanismo*. Madrid, Librería Española y extranjera. Sin fecha.
- PIKE, FB (1971): *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish América*. Indiana, University of Notre Dame Press.
- TORO GONZÁLEZ, Carlos del (1996). *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
- UBIETA GÓMEZ, Enrique (1993). *Ensayos de identidad*. La Habana, Editorial Letras cubanas.
- VÍÑALET, Ricardo (2000). «De cómo Fernando Ortiz supo hallar una moza esquivada para cierto caballero encantado». *América sin nombre. Revisiones de la literatura cubana*; (2): 43-55.

FERNANDO ORTIZ

EL ENGAÑO
de
LAS RAZAS

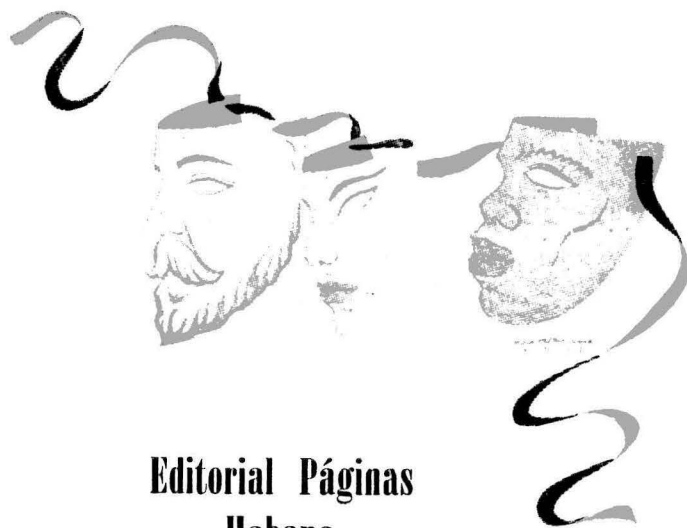


Editorial Páginas
Habana

LA SCELTA ECONOMICA
Pubblicazione di Economia e Giurisprudenza
O'Reilly 486 - Via S. V. Villegas
TELEF. A. 87.22.57 - ANA

FERNANDO ORTIZ

EL ENGAÑO
de
LAS RAZAS



Editorial Páginas
Habana

Algunas obras de

FERNANDO ORTIZ

- Los Negros Brujos*. Frólogo de César Lombroso. 48 figuras, 432 páginas. Madrid, 1906. Segunda edición 1917.
- Los Mambises Italianos*. (Historia Cubana.) 64 ps. Habana, 1909. 4ª ed. con el título de *Italia y Cuba*. Habana, 1945.
- La Reconquista de América*. (Sobre el Panhispanismo.) 362 páginas. Paris, 1911.
- La Identificación Dactiloscópica*. (Estudio de policología y derecho público.) 282 páginas y 185 figuras. Habana, 1913. 2ª ed., Madrid, 1916.
- Entre Cubanos*. (Rasgos de psicología criolla.) 232 páginas. Paris, 1914.
- La Filosofía Penal de los Espiritistas*. (Estudio jurídico.) Habana, 1915. 4ª ed. Madrid, 1924.
- Los Negros Esclavos*. (Historia de Cuba.) 550 páginas y multitud de figuras. Habana, 1916.
- Los Cabildos Afrocubanos*. Folleto. Habana, 1923.
- Historia de la Arqueología Indocubana*. Habana, 1923. 2ª ed. Habana, 1936.
- Un Catauro de Cubanismos*. (Apuntes lexicográficos.) Habana, 1923.
- La Decadencia Cubana*. (Conferencia de renovación patriótica.) Habana, 1924.
- Glosario de Afronegrismos*. (Estudio de filología.) 500 págs. Habana, 1924.
- Las Nuevas Orientaciones de la Prehistoria Cubana*. Habana, 1925.
- Proyecto de Código Criminal Cubano*. (Ponencia oficial, con juicios de E. Ferri y otros penalistas.) Habana, 1926. Edición francesa en 1927, argentina en 1928 y portuguesa en 1930.
- La Fiesta Afrocubana del "Día de Reyes"*. Folleto. Habana, 1926.
- José A. Saco y sus ideas Cubanas*. Habana, 1928.
- Alejandro de Humboldt y Cuba*. Habana, 1930.
- Los Negros Curros*. (Etnografía, folklore y criminología. En publicación por los "Archivos del Folklore Cubano".)
- Las Antillas*. (En colaboración.) En la *Geografía Universal* del Instituto Gallach. Barcelona, 1933.
- Geografía de las Antillas*. (En colaboración.) Un vol. de la *Geografía Universal*, dirigida por Vidal de la Blache. Barcelona, 1935.
- De la Música Afrocubana*. (Introducción a su estudio.) Habana, 1935.
- La Música Sagrada de los negros Yoruba en Cuba*. (Conferencia.) 1938.
- Contrapunteo Cubano del Tabaco y del Azúcar*. (Historia social y económica.) 1940.
- Martí y las Razas*. (Conferencia.) 1942.
- Las Cuatro Culturas Indias de Cuba*. 176 páginas., 153 figuras. 1943.
- La Hija Cubana del Iluminismo*. (Historia de Cuba.) Habana, 1943.

EL ENGAÑO DE LAS RAZAS

EL ENGAÑO DE LAS RAZAS

Por *F. Ortiz*
FERNANDO ORTIZ *La Habana*
III-46

PROFESOR DE ETNOGRAFÍA DE CUBA EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA



PAGINAS
LA HABANA

Hecho el depósito que marca la Ley.
Copyright, 1946
PÁGINAS, S. A.

PRINTED IN CUBA • IMPRESO EN CUBA
ARROW PRESS, INC. - LUYANÓ 13, LA HABANA - TELÉFONO X-3476

Dedicado a
HENRY A. WALLACE
gran americano de todas las Américas

DE LOS EDITORES

La Editorial PAGINAS enriquece su colección de estudios sobre los principales problemas contemporáneos, con la obra del gran enciclopedista y liberal americano Fernando Ortiz. En su vasta bibliografía, que abarca los más varios temas de historia, análisis económicos, la sociología y los estudios criminológicos, sobresale la dedicación del Dr. Ortiz al estudio de las llamadas razas y los problemas de la transculturación. Ortiz ha sabido verlos con precisión de antropólogo y sagacidad sociológica. Ahora, a la vuelta de casi medio siglo de estudios e investigaciones que lo sitúan entre los más sabios conocedores del fenómeno de la transculturación de los diversos grupos nacionales negros a la América, nos ofrece este penetrante y panorámico estudio sobre EL ENGAÑO DE LAS RAZAS y el peligro de los racismos. Es una síntesis en que el rigor del científico se vincula a la ancha cultura y el donaire estilístico para producir un libro hondo y ameno, que gustarán por igual especialistas y profanos.

EL ENGAÑO DE LAS RAZAS une al valor puramente científico, su eficacia social. Se trata de una obra polémica, que sale a combatir el racismo nocivo que tanto abunda en nuestras tierras pretendiendo pasaporte de teoría científica. Fernando Ortiz examina y trae al juicio de la ciencia, todos esos rezagos americanos de aquellas regresivas corrientes europeas que tan trágico saldo han dejado en el mundo.

La Editorial PAGINAS se complace en presentar esta valiosa contribución del sociólogo cubano, uno de los más altos escritores liberales de América.

PROLOGO

"No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enlobrán y recalcantan las razas de librería, que el viajero justo y observador cordial busca en vano en la justicia de la naturaleza, donde resulta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre."

JOSE MARTI

"La cucaracha nunca tiene razón en un gallinero."
Refrán afrocubano.

"La educación de los negros debe empezar con la educación de los blancos."

DR. LOIS

La humanidad está debatiéndose en un torbellino de intereses económicos, nacionales y sociales, cubierto casi siempre por espumaje de razas. Estas no son sino las burbujas que coronan las olas embravecidas; las fuerzas que las forman y agitan están debajo y generalmente no se ven. Por eso son temas inevitables de cada día así las razas, todas ellas impuras y arbitrarias, como los racismos, siempre agresivos y todos bastardos.

Se insiste en decir que los seres humanos están divididos en razas distintas según inequívocos, originarios, hereditarios, permanentes y correlativos caracteres anatómicos, fisiológicos y espirituales, que determinan de manera ineluctable toda su vida individual y su historia colectiva. Se persiste aun en sostener que tales características raciales son fatalmente inmutables, que su transformación no es posible sino por selección lentísima y que toda mezcla de ellas conduce a la esterilidad y a la degeneración. Y, en fin, se pretende con obstinación a veces cínica que unas razas son superiores y otras inferiores; aquéllas predestinadas para el predominio y estas otras para la servidumbre.

Esas predestinaciones eran antes basadas en mitológicas iracundias; por ejemplo, en la maldición que hizo Noé contra la descendencia de

PRÓLOGO

Cam. Esta leyenda en América fué aplicada igualmente a los indios y a los negros desde comienzos del siglo XVI y, por lo menos en Cuba, hasta 1896, cuando el Presbítero Juan Bautista Casas, Provisor del Obispado de La Habana, publicaba en Madrid que los negros con su infelicidad y servidumbre "sufren las consecuencias de un castigo y de una maldición que el Pentateuco nos refiere"... por la cual "su inferioridad viene perpetuándose a través de los siglos". Al despertar de la ciencia se quiso fundamentar esas predestinaciones en el darwinismo y las ulteriores teorías evolucionistas, en relatos de viajeros, en experiencias de antropometría y en precipitaciones de eugenesia. En estos últimos tiempos se ha recurrido a los más irresponsables artilugios de apariencia científica y a las más absurdas distorsiones de los vocablos y los conceptos para proporcionar argumentos de razonabilización a las abusivas políticas. Pero todo ello es puro engaño.

Hasta hace pocos lustros no han sido estudiadas las llamadas razas con rigor científico. Del negro y del indio, en su comparación con el blanco, sólo se tenían opiniones vulgares y caprichosas; nacidas de seculares tradiciones y de experiencias interesadas y circunstanciales. Eran, pues, disculpables hasta cierto punto algunos muy comunes errores de prejuicio; pero ya hoy no pueden sostenerse los viejos tratos depresivos so pretexto de insultantes distinciones raciales, ni siquiera cabe la indiferencia ante ellos. Sin duda, entre los rasgos típicos de esta época presente que la posteridad calificará con severa justicia como persistencias de barbarie, estarán las costumbres y leyes que distribuyen a los ciudadanos según el color de su piel en el cobro de salarios y estipendios, en las capacidades profesionales, en los derechos políticos, en los comedores y albergues públicos, en los tranvías, ferrocarriles, buques y aviones, en los andenes de los paseos, en las residencias, en los teatros, en las iglesias y conventos, en las escuelas y universidades, y hasta, con la más oprobiosa de las discriminaciones legales, en la básica institución de la familia; prohibiéndose los matrimonios de los blancos con los negros, los mulatos, los filipinos, los malayos, los japoneses, los chinos y otros seres humanos que no sean de la "raza electa", a quienes si a veces se les tolera el cruce por concubinato permanente, a modo de unión morganática, con frecuencia se les niega el derecho a crear una familia con amor y ley, precipitándolos a la desintegración social. Y todo esto ocurre en la realidad innegable al mismo tiempo que en las ideas y doctrinas. A veces hasta en los textos de las constituciones y leyes estatuidas se proclaman los principios de humanidad, cristianismo y democracia, que contradicen esencialmente

PRÓLOGO

las discriminaciones racistas que de veras continúan; produciéndose de tal manera un creciente y muy peligroso desajuste social que en ocasiones se aproxima a una gran paranoia colectiva.

Pero no se trata de ganarnos los buenos juicios de los historiadores venideros, sino de conjurar los trágicos días que se están avvicinando, introducida como está la terrible explosividad emocional de los fantásticos racimos en la ya gravísima polémica de los intereses económicos y políticos que son los antagonistas verdaderos. El peligro de esta creciente disforia social es tan grande, como parecen haberlo demostrado la Segunda Guerra Mundial y numerosos episodios ocurridos recientemente en este hemisferio americano, que no puede evadirse su consideración. Se podrá hablar de razas y racimos con ignorancia o con sapiencia, con comediemento o con desenfado; pero no se podrá mantener silencio acerca de esos temas tan candentes. Por eso es muy apremiante que sobre las razas, como se hace sobre las enfermedades, los crímenes y los conflictos económicos, se vayan difundiendo los criterios propuestos por la ciencia; única manera de ir afrontando las desventuras sociales y poderlas reducir.

Las luchas de razas o so pretexto de razas, o sean los racimos y sus enconos, nacen de impulsos emocionales y del reflejo en lo ético de ciertas instituciones supeditadoras; pero sólo son posibles por la ignorancia general que aun se mantiene acerca de la verdadera naturaleza de las llamadas razas, de la variabilidad de sus características, de las vías de la herencia, de las complejidades y significación de los mestizajes, y de las trascendencias de los ambientes y las fuerzas sociales en el desarrollo de la humanidad.

Los "problemas de raza" son de gran importancia en América y están llamados a grandes y trágicos episodios. Se ha creado con los siglos un sistema de injusticias sociales, encubiertas con los mitos de las sangres diversas, y es muy improbable que los ídolos de las razas y los holocaustos exigidos por sus cultos pueden ser acabados sin más afrenta ni más crueles sacrificios. Toda América está sintiendo esos dolores. Porque en este hemisferio, que fué Nuevo Mundo y que ya exige una total y urgente renovación para seguirlo siendo, son varios los grupos humanos definidos como "razas" que están en contraposiciones sociales intensas, agriadas y cada día menos estables. Toda América es un inmenso hervidero de "razas". Y no ha cesado aún ni cesará pronto este bullir; antes al contrario, ahora se encuentran los pueblos americanos en uno de sus períodos históricos más críticos y trascendentes. Se sienten febriles e irritables, como en un "cambio de edad".

PRÓLOGO

Porque América, toda América, es mestiza. "Es imposible asegurar a qué familia humana pertenecemos", decía Bolívar en su famoso discurso de Angostura, de 1829; y pudo comprender en esa expresión así a la América del Sur como a la Central y a la del Norte, y a la continental como a la insular. En todas ellas se han fundido con los indios autóctonos y entre sí, blancos, negros y amarillos de las más disímiles orígenes. En esas tierras se han entremezclado los indios aborígenes, así los del Archipiélago Antillano como los de "Tierra Firme"; los europeos de muy diversas estirpes blancas, sobre todo mediterráneos y alpinos pero también nórdicos; los negros de los principales pueblos del continente que para América es el Oriente Cercano, y los amarillos del Indostán, de China y de otros países mongoloides del Oriente Remoto.

No es posible estudiar un aspecto cualquiera de los pueblos americanos sin advertir en seguida su profundo mestizaje y en algunos de ellos, específicamente, su mulatez. Y siendo el mestizaje una mezcla de razas, o sea un concepto derivado y compuesto de otros dos: el concepto de tal raza y el de tal otra, para comprenderlo habrá previamente que tener buena idea de lo que son ambas razas, o mejor dicho, de lo que es "la raza" como término sustantivo y genérico, de lo que a ese respecto representan las adjetivaciones especiales de las distintas razas y, en fin, de lo que significa el proceso de mixti6n, que se define sintéticamente como "mestizaje".

La historia americana no puede ser comprendida sin conocer la de todas las esencias étnicas que en este continente se han fundido y sin apreciar cuál ha sido el verdadero resultado de su recíproca transculturación. Decimos "recíproca" porque hay empeño en hacer creer que no hay tal reciprocidad, y decimos "verdadero" porque mucho de lo que se tiene por congénito y típicamente racial es sólo supositivo y efecto de sociales reverberaciones.

Este libro sólo pretende contribuir a clarificar las ideas y las conciencias acerca de las razas, exponiendo las conclusiones de la ciencia contemporánea acerca de las mismas. Son varios los escritores que en la América Latina están trabajando afanosamente y bien en este sentido; pero un libro más no será inútil. No hemos de aportar con él descubrimientos originales. Sólo queremos ayudar a traducir a un lenguaje inteligible para los pueblos de "nuestra América" los datos y conceptos que ellos necesitan para librarse de las sombras de los mitos racistas. Sin embargo, algo nuevo tendrá esta obra de divulgación. Hemos procurado acompañar los razonamientos ajenos y los propios de ejemplos relacionados con los tipos

PRÓLOGO

humanos que con categoría "racial" habitan en América. Aun cuando todavía y por desgracia no podamos prescindir en este hemisferio de referirnos a los "arios" y a los "semitas", que son los elementos supuestamente raciales que más han interesado en la Europa de los últimos tiempos, creemos preferentes las consideraciones comparativas acerca de los indios, de los negros y de los blancos, sean éstos arios o semitas, nórdicos o mediterráneos, rubios o trigueños y dolicocefalos o braquicefalos; porque tales gentes y sus amalgamas son las más importantes en los pueblos de América.

Hemos escrito este libro principalmente para nuestros compatriotas, entre quienes también se debaten razas y racismos. Pero el contenido de todas sus páginas, aun lo que ellas tuvieren de más exclusivamente cubano, es referible en lo esencial a los demás pueblos del archipiélago y del continente. Si no por su aplicación directa a ellos, sí, en todo caso, por manera de enseñanza; ya que hebras de los más varios colores y fibras se cruzan y recruzan en todo este inmenso rázago humano que es América.

El lector ilustrado encontrará en las siguientes páginas no pocas noticias, referencias y argumentos por él ya sabidos y que parecerán ociosos; sin embargo, le rogamos que los excuse por ser este un libro de carácter primordialmente informativo, que sólo busca la difusión de las convicciones antirracistas por nuestros países, donde siempre hubo sobrado recelo en tratar sin embozos las cuestiones de las razas y hay ahora una gran urgencia de fortalecer y poner al día el ideario defensivo ante las conmociones sociales e imperialistas que en sus oleajes y resacas traen de nuevo a la arena el horror de los racismos.

Hace pocos años oímos a Henry A. Wallace, entonces Vicepresidente de los Estados Unidos de América, una estimuladora alocución en la cual decía el gran demócrata: "El científico tiene una especial responsabilidad en la obra de combatir el racismo, antes de que hunda profundamente sus sucias garras en nuestro campo político. Sólo él puede despejar las falsedades que, disfrazadas como ciencia, circulan en nuestros colegios, universidades y publicaciones. Sólo él puede demostrar la fatuidad de los racistas, según los cuales una sola raza, una nación o una clase, han recibido de Dios el derecho de mandar". Esa persuasiva y conmovedora llamada no cayó en el vacío. No pocos libros y ensayos han sido publicados desde entonces en las Américas contra la infección racista. Nuestro trabajo trata de responder también a las oportunas y nobilísimas excitaciones del gran americano a quien este libro va dedicado. La terminación de la guerra no ha esfumado las humaredas de los racismos y hasta parece

PRÓLOGO

haberlas renegrecido en ciertos pueblos de viejo sufridores de tales injusticias sociales.

Debemos decir sinceramente que no abrigamos excesiva ilusión acerca de la eficacia inmediata de estas divulgaciones en nuestra América; pero no hay esfuerzo razonado que se pierda del todo y, aun siendo el nuestro poco significativo, queremos la honra de sumarnos a quienes trabajan por una humanidad mejor y más y más dueña de sí, contribuyendo en lo posible a dilucidar la falsía de las razas y de sus expresiones y la desintegradora función de los racismos contemporáneos.

* * *

Este libro está compuesto principalmente con los materiales allegados por su autor para las lecciones dadas por él durante el curso de 1944 en el Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y Ampliación de Estudios de La Habana. Al encargarnos de esta cátedra de investigaciones acerca de "La formación étnica y social del pueblo cubano" creímos que era indispensable establecer la base científica de las ideas que nos iban a guiar en nuestro trabajo. Y nada más primordial en ese aspecto que tener un concepto positivo de lo que debe entenderse por "raza". Con este propósito emprendimos este trabajo; pero una vez en la tarea nos pareció oportuno aprovecharla para acudir al reparo de una de las más apremiantes necesidades de Cuba y demás pueblos de América.

Queremos agradecer el apoyo que nos fué prestado en nuestra labor por dicho instituto universitario y principalmente por el Dr. R. Méndez Peñate, Rector de la Universidad; por el Dr. Roberto Agramonte, Director del Instituto, y por el Dr. Salvador Vilaseca, Administrador del mismo. También hemos de atestiguar nuestro reconocimiento a los oyentes que nos acompañaron durante todo el curso. Sus sugerencias y estímulos nos hicieron trabajar con más empeño y agrado y en definitiva nos han llevado a redactar las páginas que siguen. Consignaremos también nuestra gratitud a la casa editora "Páginas, S. A.", que se ha interesado por publicar esta obra en Cuba.

Ojalá un día recibamos a nuestra vez algunas expresiones de agradecimiento por este libro, pues ello será prueba de que el propósito de su autor habrá sido logrado, el de favorecer con luces a quienes están en las lobreces del error.

FERNANDO ORTIZ.

*La Habana, Cuba.
Calle 27, núm. 160.*

I

La raza, su vocablo y su concepto

SUMARIO: "Raza" es voz de mala cuna y de mala vida.—"Nosotros" y "los demás".—"Intraneos" y "extraneos".—Procedencia de la palabra "raza"—¿De la teología o de la trata de animales?—Su introducción en América.—"Mulato", "albarazado", "barcino", "cambujo", "calpamulo", "coyote", "cuatralbo", "galfarro", "grifo", "harnizo", "jarocho", "zambo", "cholo" y otros vocablos zoológicos.—"Morenos" y "pardos".—La voz "raza" en los lenguajes europeos.—Es voz de la esclavitud.—Las clasificaciones raciales.—Acepciones biológicas, políticas y culturales de la voz "raza".—"La raza humana".—"La raza cósmica".—¿Qué debe entenderse científicamente por "raza"?

La *raza* es un concepto humano tan histórica y científicamente convencional y cambiadizo como social y vulgarmente altanero y despiadado. Pocos conceptos hay más confusos y envilecidos que el de *raza*. Confuso por lo impreciso, envilecido por los despreciables menesteres políticos y sociales en que ha sido empleado.

El mismo vocablo "raza" no tiene una pura generación y llega a nosotros manchado de infamia. "Raza" es voz de mala cuna y de mala vida.

Se dice que el concepto que hoy se tiene por lo común de la raza es relativamente nuevo en la historia, fijándose su aparición por el siglo XVI; si bien algunos, como Lord Bryce⁽¹⁾, creen que el concepto no adquirió su sentido presente sino hasta la época de la Revolución Francesa. Se ha dicho también que el concepto de raza no se encuentra en las literaturas de Egipto, de Judea, de Grecia y de Roma, aun cuando estos pueblos tuvieron contactos frecuentes con otros grupos humanos de muy diferentes apariencias⁽²⁾. Pero esto requiere una explicación para no caer en equívocos.

(1) *Race Sentiment as a Factor in History*. Londres, 1915, pág. 25.

(2) MARK GRAUBARD: *Man, the Slave and Master*. New York, 1938, pág. 299.

Es indudable que siempre los seres humanos han reconocido diferencias entre sí por sus caracteres corporales más ostensibles, por ejemplo por el color de su piel, y que han apreciado su carácter hereditario y lo misterioso de toda coloración distinta de la corriente y acostumbrada. Aun cuando el concepto de raza, tal como se acepta en los últimos siglos, no haya sido corriente en la antigüedad, es cierto que los hombres a lo largo de la historia se han considerado como separados en grupos de individuos dotados de caracteres personales semejantes entre sí y distintos de los manifestados por los demás grupos extraños. No hay pueblo de los llamados primitivos que, por ejemplo, no dé algún valor de diferenciación a las distintas pigmentaciones cutáneas. Los más atrasados indios de América y negros de Africa jamás han considerado al blanco como un igual, ora para beneficiarlo con su admiración hasta la actitud adorante, ora para repelerlo con su hostilidad hasta la lucha a muerte.

Para el primitivo, el individuo de piel distinta es un ser extraño y peligroso, dotado de sacralidad. Lo mismo piensa del albino, del jorobado, de los mellizos, de los nacidos con dientes, o con seis dedos o con otra anomalía cualquiera. O se les exalta o se les destruye, pero no se les mira con indiferencia; son seres sacros. Cuando un grupo humano sabe de otro grupo distinguido por el color de su piel, trata de explicarse siempre esa diferencia congénita, generalmente por razones de mitología cosmogónica, y de acuerdo con tales criterios concibe una clasificación de los seres humanos. Véase un curioso ejemplo. Los negros bakongo dividen a los hombres en cuatro grupos que ahora llamaríamos "razas": los blancos, los portugueses, los *bangundu* o sean los cocodrilos, y "ellos mismos", o sean los negros. Los blancos son los europeos, sin categoría de autoridad, con quienes los bakongo se relacionan; los portugueses son los europeos que los dominan; los cocodrilos son los seres humanos que por especiales dotes mágicas se transforman, según ellos, en tales bestias; y los negros son "ellos mismos", es decir, los clasificadores.

Es fácil sonreír, con expresión de petulante superioridad, al enterarse de conceptos raciales tan singulares como esos de los bakongo. Pero esas clasificaciones de razas que no distinguen la especie humana de las de los animales no son exclusivas de los hombres de la selva; pueden encontrarse también en la reciente bibliografía de la llamada ciencia nazi. Al menos por obra del Prof. Herman Gauch, quien dice textualmente: "Podemos, pues, establecer el siguiente principio: no existen características, ni físicas ni psicológicas, que justifiquen la distinción entre el "reino del hombre" y el "reino animal". Las únicas diferencias que existen son

aquellas entre los hombres nórdicos, de una parte, y los animales, de otra, incluyendo en éstos a los hombres no nórdicos, o sean los subhombres, que son una especie de transición"⁽⁹⁾. Esta clasificación de la pseudo ciencia nazi es aún más sorprendente que la bakonga, porque si ésta equipara ciertos animales a los seres humanos lo hace basándose en que éstos al morir reencarnan en los cocodrilos; creencia, la de la metempsicosis y del totemismo, que fué muy frecuente en la humanidad cuando ésta, sin el auxilio de la ciencia, trataba de explicarse los misterios del "más allá". Pero no sonriamos ante esa degeneración de algún profesor al servicio de las políticas criminales. Tras de estas salvajes renovaciones de los mitos arios hay la espantosa tragedia de un mundo sangrante y lacerado.

Esta clasificación de los bakongo es ya avanzada, pues comprende varios términos nacidos de criterios religiosos y políticos, y el grupo humano propio ya queda incluido dentro de un término genérico mayor. La clasificación más simple y primaria es la que separa el núcleo propio de toda otra clase de seres humanos; la que distingue en lo antropológico y social el "nosotros" y "los demás", así como en metafísica el "yo" y el "no yo".

Se dice que aun entre ciertos grupos de animales de una misma especie se suele observar cierta tendencia, diríase que intuitiva, al reconocimiento de la condición del extraño como distinta, y a veces enemiga, a la del grupo propio. Los naturalistas ofrecen casos muy expresivos. Cualquiera ha podido presenciar en la vía pública la animosidad de los perros contra el can recién aparecido y las meticulosas exploraciones y los tratos recíprocos que impone la desconfianza de la perrería antes de llegar a la admisión cortés de un nuevo compañero.

Igual criterio de distinción defensiva ha debido de tener toda tribu primitiva, así como el niño distingue al extraño de toda otra persona que le es familiar. Toda tribu suele considerarse a sí misma como genéticamente diferente de todas las otras o sea del resto de los seres humanos. Así en Africa, como en América o en Oceanía, es muy frecuente que los componentes de cada tribu se denominen a sí mismos "los hombres", por antonomasia. Esto ocurre aún con gentes del mismo color y de iguales o parecidas costumbres. Para los negros bantú y otros, la palabra "hombres" se aplica sólo a los miembros de su tribu, los otros negros no son "hombres".

Este calificativo antonomástico lleva consigo implícita o explícita-

(9) *Neue Grundlage der Rassenforschung*, pág. 79. (Cita de L. L. SNYDER. *Race*. New York, 1939.)

mente un rango exclusivo y de superioridad. Como si dijera “los ricos”, “los inteligibles”, o, como en castellano se diría, “son gente”. Algunos, como los hotentotes, se califican a sí mismos como los *khoi-khoi*, es decir los “hombres de hombres”. Buen ejemplo y muy relevante de este sentido discriminativo es la tribu bakairi de los indios suramericanos, en cuyo gentilicio (que quiere expresar “nosotros los hombres”) figura la raíz *kura*, que significa a la vez “nosotros” y “buenos”, mientras para ellos la voz *kurapa* quiere decir por igual “nosotros no”, “extranjeros” y “malos”.

Cuando los conquistadores blancos avasallaron al antiguo Perú, los indios adoptaron el vocablo *runa*, de la lengua quichua, que quiere decir “hombre”, para significar “toda suerte de indios naturales de la América”, diferenciándolos con este apelativo antonomástico de los españoles y demás europeos⁽⁴⁾, los cuales tan sólo venían a ser para ellos como seres ultrahumanos o casi humanos.

A veces las tribus se consideran como constitutivas ellas solas de la humanidad entera y el resto es como una subhumanidad, próxima al mundo pero perteneciente a otro mundo, al de los seres bestiales o al de los muertos.

En ocasiones los pueblos, al ser sorprendidos por la inesperada aparición de seres humanos muy extraños por su color, pelaje, vestimentas, armas y ostensible poderío, los han tomado como superiores, como seres sobrehumanos. Así ocurrió en las indias Antillas al ver sus indígenas a Cristóbal Colón y a su gente, blanca, barbada, vestida y con carabelas, espadas y culebrinas. Tuvieron a los europeos por gentes *turey* o sagradas, como los mexicanos llamaron a los españoles *teules*, de *teotl*, “dios”. Pero casos como éstos son excepcionales y transitorios. Los mismos antillanos hicieron experimentos para averiguar si aquellos extraordinarios intrusos, que perturbaban su orden social establecido, eran o no mortales. Ha quedado en la historia el experimento del indio de Puerto Rico que sumergió en el río a un español para saber si los blancos se ahogaban.

Como se observa, en los pueblos llamados “primitivos” de todos los continentes, los “hombres” son tan sólo los individuos del grupo tribal, los *in-group*, como dicen los antropólogos ingleses; los *intraneos* o *intrañeros*, como pudiéramos decir en español. Ellos se distinguen así de los otros seres de la especie del *homo sapiens*; los cuales, aun siendo del mismo color de piel, son forasteros del grupo. Son del *out-group*, o sea *extraneos*

(4) BERNABE COBO: *Historia del Nuevo Mundo*. Sevilla, 1892. Tomo III, pág. 12.

o *extrañeros*, como antaño se decía muy bien en Castilla, con voz hoy arcaica pero de reivindicación conveniente⁽⁵⁾.

Por América, Africa y Australia, son también frecuentes las leyendas que consideran a los blancos como “hombres” retornados del mundo de los muertos, o como ex-hombres o ex-miembros de la tribu, generalmente como antepasados héroes o semidioses y revestidos sus cuerpos de una albura fantasmal.

Los datos históricos del antiguo Egipto comprueban que en aquella civilización también los egipcios se creían autóctonos, creados por los dioses con independencia de todo otro núcleo humano. “Ellos solos eran “los hombres” (*romet*); los otros pueblos eran denominados asiáticos, libios o negros, pero no “hombres”. Según la mitología, estas naciones descendían de los que fueron enemigos de los dioses, de los que escaparon de las iras del dios solar *Ra*, cuando éste venció a sus adversarios en Edfú. Unos pocos huyeron al sur y fueron los etíopes, otros escaparon al norte y devinieron asiáticos, de los fugitivos en el oeste surgieron los libios y de los refugiados en oriente los beduínos”⁽⁶⁾.

También los egipcios “se consideraban a sí mismos superiores a los extranjeros por el color de sus epidermis”, según el mismo Adolf Erman. En los himnos sagrados de la época de Amenofis IV, se le dice al nuevo dios que fué impuesto por este faraón: “En los territorios extranjeros, de Siria y de Nubia, y en el país de Egipto, tú pones a cada uno en su lugar y haces lo que le es necesario; cada cual tiene su alimento y sus días están contados. Sus lenguajes son diversos como lo son sus aspectos. Su piel es diferente, porque tú has distinguido a los pueblos.”

“Las antiguas pinturas de los habitantes de las orillas del Nilo —dice Wilkinson en su obra *Ancient Egypt*— nos demuestran la distinta coloración de la piel de las naciones con quienes tuvieron que tratar: el rojo-moreno de los egipcios, el amarillo castaño de los semitas, el color comparativamente más claro de los libios y el negro de los pueblos del interior de Africa.” “Los cuatro colores de las razas humanas —dice Gerald Massey—, negro, rojo, amarillo y blanco, se encuentran en todos los monumentos y todos se funden en los tipos egipcios”⁽⁷⁾.

(5) Claro está que del vocabulario español actual, para significar al individuo *out-group* pudiéramos preferir la voz corriente *extraño*; pero esto nos llevaría, por un lógicamente forzoso paralelismo, a escoger *intraño* para el *in-group*. *Intraneos* y *extraneos* nos parecen mejores y más exclusivos para esta terminología antropológica, en castellano, aparte de ser más morfológicamente próximos al básico latín (*intraneus* y *extraneus*). Además, *intraneos* y *extraneos* son correctos arcaísmos de Castilla. *Intrañero* y *extrañero* acaso corresponderían más al genuino sabor del lenguaje castellano, pero hoy quizás parecieran demasiado rancieros. También pudiera decirse *indígenas* y *alienígenas*, pero los conceptos no son equivalentes: estos vocablos son de sentido geográfico y genético y aquéllos son de sentido social.

(6) ADOLF ERMAN: *Life in Ancient Egypt*. Trad. ingl. Londres, 1894, pág. 32.

(7) GERALD MASSEY: *Book of the Beginings*. I, pág. 17.

capacidad como a su conducta. Los gemelos educados son más activos, más independientes, más disciplinados y de mayor nivel intelectual⁽²⁰⁾.

De otra parte, han sido comparados últimamente multitud de sujetos genéticamente idénticos pero en medios distintos y sujetos genéticamente diferentes pero educados en medios idénticos. Un biólogo especialista en mellizos, un psicólogo y un estadístico han aunado sus esfuerzos para tal estudio⁽²¹⁾. Después de diez años de investigaciones comparativas, las conclusiones han sido las siguientes: desde el punto de vista de la inteligencia, los gemelos, así los verdaderos como los falsos, no difieren de los demás niños; tocante a lo físico, los gemelos verdaderos se parecen entre sí más que los falsos; y en cuanto a la personalidad, cada uno de ellos, verdadero o falso, posee en todo caso e inconfundiblemente la suya propia. Los investigadores no se permiten suponer que sus conclusiones sean definitivas; pero afirman que grandes diferencias entre los individuos genéticamente idénticos corresponden a correlativas diferencias de educación y de circunstancias sociales. Esto aparte, se suele convenir en que los gemelos monozigóticos son intelectualmente más parecidos que los dizigóticos de sexo igual o diferente⁽²²⁾.

Pero, aun así, no se puede prescindir de apreciar los influjos actuales durante el paso por el ambiente uterino, y en el período de habituación social anterior al momento en que puedan ser aplicados los *tests* de inteligencia⁽²³⁾. Aun al advertir en las personalidades de los mellizos meramente fraternales una mayor semejanza que en los hermanos de partos distintos, hay que pensar en las diferencias mentales que pueden motivarse por cambios de ambientes en la vida familiar desde el alumbramiento de unos hijos al de los otros. Es bien corriente la opinión de que el "hijo único" es más consentido y mal avezado que el crecido en la convivencia de varios hermanos. Lo mismo suele ocurrir con los primogénitos, a veces con más infatuación y malacrianza, sobre todo donde las instituciones o rancias costumbres los predestinan con privilegios jurídicos. La mera coexistencia de hermanos en un hogar basta para influir en la plasmación de la personalidad de cada uno de ellos.

No puede, pues, despreciarse el influjo del ambiente en el desarrollo de los mellizos. Hasta por el mero motivo de su posición prenatal en la entraña materna, uno de los gemelos puede ser privado de ciertas ventajosas oportunidades para su ulterior desarrollo⁽²⁴⁾. Según Hogben:

(20) Cita de F. BOAS. *The Mind of Primitive Man*. Ed. de 1938, p. 128.

(21) H. H. NEWMAN, F. N. FREEMAN, E. J. HOLZINGER. *Twins, A study of Heredity and Environment*. Chicago, 1937.

(22) HOGBEN. *Ob. cit.*, p. 93.

(23) HOGBEN. *Ob. cit.*, p. 28.

(24) FRANZ BOAS. *The Mind of Primitive Man*. N. York, 1938, p. 96.

“A la luz de la nueva evidencia derivada del estudio de los gemelos, carecen de toda validez científica las conclusiones acerca de las diferencias innatas que se basan en las comparaciones de los distintos grupos ocupacionales o raciales”⁽²⁵⁾. El mismo biólogo añade: “Ninguna afirmación acerca de una diferencia hereditaria tiene sentido científico alguno a menos que a la vez se especifique el ambiente en el cual esa diferencia se haya manifestado. Los biólogos, dice, están menos y menos inspirados por la idea del predominio de la herencia entre los hombres, tan grata a Galton y sus discípulos⁽²⁶⁾. En conclusión general, “es obvio que cualquier carácter hereditario no puede manifestarse sino en algún ambiente dado. La idea de un tipo absolutamente hereditario sin ninguno ambiental es pura tontería. Nada vive en un completo vacío”⁽²⁷⁾.

Por su parte, los psicólogos que sitúan en los estímulos del ambiente la causación de los fenómenos psíquicos tienen que admitir la necesidad de una base física y herencial de los mismos, aun cuando sea remota. Sin duda, algunos psicólogos han exagerado la trascendencia de la educación. Se ha llegado a decir lo siguiente por uno de ellos: “Dadme una docena de niños saludables, bien formados, y un dado ambiente específico para desarrollarlos en él, yo garantizaré tomar uno cualquiera de aquéllos al azar y educarlo para que devenga el tipo de especialista que Vd. escoja... como médico, abogado, artista, comerciante o, también, mendigo y ladrón, cualesquiera sean sus talentos, inclinaciones, tendencias, habilidades, vocaciones, y la raza de sus ascendientes”⁽²⁸⁾. Pero, como expresa Lowie, “No cabe dudar de que para adquirir ciertos caracteres, es indispensable el previo requisito de una dada base orgánica. El chimpancé y el murciélago nunca serán capaces de adquirir la cultura humana por medio del influjo del ambiente social. Desde un ángulo de mira evolucionista es, por tanto, muy plausible aceptar sin vacilaciones que, también en la especie humana, las diferencias orgánicas han de ser correlativas a las manifestaciones culturales que se observan en diversos grados y complejidad”⁽²⁹⁾. La obra intelectual que maraville no podrá salir de un individuo cretino, como no podrá ser un buen pianista quien haya heredado la braquidactilia que lo hizo nacer sin todas las falanges de sus dedos. “No hay duda de que para cada individuo existe una cierta base de su manifestación mental que está determinada genéticamente. Como prueba de ello bastaría considerar el contraste entre la vida mental del idiota y la del genio; pero todo hace creer que lo mismo ocurre en las

(25) HOBGEN. *Nature and Nurture*, p. 29.

(26) *Ibidem*, p. 14.

(27) H. J. SELIGMANN. *Race against man*. New York, 1939, p. 46.

(28) J. J. B. WATSON. *Behaviorism*. New York, 1930, p. 104.

(29) ROBERT H. LOWIE. *Culture and Ethnology*. New York, 1917, p. 27.

mentes, en cuanto a las diferencias entre la estabilidad y la inestabilidad, entre lo artístico y lo lógico, etc.”⁽³⁰⁾

Ya nos referimos a las investigaciones de Iván Pavlov y sus continuadores, a los cuales se debe el renovado prestigio científico de la psicología ambientalista, ya que la originalidad de esa escuela consiste en estudiar el cerebro en función del medio ambiente, ligando así en el fenómeno psíquico la fisiología nerviosa de la individualidad orgánica con los factores de la ambientalidad que determinan los estímulos y condicionan sus respuestas. Los reflejos condicionales demuestran que el ambiente actúa en el organismo y sus funciones, imprimiéndole caracteres fijos que se transfieren por la herencia. Entonces la hechura domina a la natura. Esto, ciertamente, no suprime la herencia, pero la condiciona al ambiente; de la misma manera que la educación ambiental está condicionada por las aptitudes de adaptabilidad que sean congénitas en el sujeto. La reflexología de Pavlov y su escuela llevan a creer que los estímulos ambientales no sólo pueden modificar funcionalmente la conducta de la individualidad sino que la modificación educativamente establecida en ésta puede trascender orgánicamente por la vía hereditaria a las generaciones venideras.

Un biólogo ha equiparado ambos órdenes de factores. Según Jennings, “lo que puede hacer la herencia también lo puede hacer el ambiente”⁽³¹⁾. Esta expresión es muy aventurada. Tal parece decir que por una y otra vía se puede llegar a la misma meta; pero lo cierto es que en rigor no hay dos vías separadas, sino una sola, formada por ambas líneas. Ya al tratar de los tipos psicósomáticos, de los endocrinos, de los constitucionales, de los temperamentales, de los biotipos y de los reflexológicos, expusimos lo inextricable que hay en ellos de interno y de externo, de estructural y de ambiental.

Más ostensible es aún el ambiente en la investigación de los factores meramente psíquicos o tenidos por tales. En los *tests* clasificadores de la inteligencia o de sus facultades, en los tipos emotivos y volutivos, a los cuales ya hubimos de aludir, jamás se ha podido aislar experimentalmente la individualidad de la ambientalidad. Los tipos humanos definidos por Lazourski como *endopsíquico* y *exopsíquico*, responden al reconocimiento de esa constante interacción del individuo y sus circunstancias. Lo *endopsíquico* es fundamentalmente el núcleo de la personalidad individual, su substancia, su aptitud; lo *exopsíquico* es lo que en la personalidad se hace por las condiciones circunstanciales. Pero el *endopsiquismo* no es totalmente congénito, sino formado por elementos que el ambiente

(30) F. BOAZ. *General Anthropology*. New York, 1938, p. 119.

(31) Cita de J. A. FRASER ROBERTS. *Genetics*. “*The Eugenic Review*.” 1938, abril, p. 62.

desarrolla y moldea; y el *exopsiquismo* supone ciertos caracteres psíquicos preexistentes que se combinan y actúan bajo el imperio de los estímulos exteriores. Según sean los "niveles humanos", piensa Lazourski, así predominará uno u otro tipo. En el *nivel inferior* los factores endopsíquicos son débiles y la personalidad está dominada por los complejos ambientales y se pliega a éstos. En el *nivel superior* la individualidad predomina sobre los factores exopsíquicos y transforma el medio.

Con estos antecedentes hay que contestar a esta pregunta. ¿Qué importa más, la herencia o la ambiencia? El biólogo y el psicólogo, se ha dicho, no tienen respuesta porque la pregunta carece de sentido; pero en rigor no parece que esto sea del todo así. La pregunta equivale a inquirir qué es más importante en el juego del billar, si la bola, la mesa y el taco o el impulso del jugador. Sin duda, todos esos elementos son igualmente indispensables para integrar la jugada, como lo son los factores herenciales y los ambientales para la integración de la vida. La pregunta en un orden general no tendrá sentido; pero en los casos específicos la pregunta sí lo tendrá, aun cuando no siempre pueda obtenerse una respuesta precisa. Si natura y hechura son esenciales en todo fenómeno, la investigación puede a veces descubrir en el análisis de un fenómeno específico la relativa importancia de su respectiva intervención, sobre todo en las determinaciones de la personalidad humana. Si el niño habla es, naturalmente, por la causa genética de haber recibido de sus antepasados ese don humano, además de la concausa de la relación social que le fija el lenguaje; si no habla, es mudo o gago, será por motivos hereditarios o por peripecias ambientales; pero si al romper a hablar lo hace en castellano, inglés o congo, o en dos lenguas a la vez, es sólo por el ambiente en que se ha criado, por una mera causa de educación. Aun así quedará por averiguar si, por ejemplo, un dado acento o guturalidad depende de la educación auditiva o de la fisiología vocal del sujeto. En cada caso, en cada fenómeno psíquico cabrá intentar la valoración en ciertos grados de los complejos efectos y factores que se entretajan en su formación, de los hilos que provienen de la entraña orgánica y de las corrientes que desde el mundo circundante provocan los estímulos; aun cuando no se puedan descomponer los aparatos psicológicos ni sus funciones en sus piezas y en sus energías. Tal investigación discriminatoria será generalmente difícil, cuando no del todo imposible, y siempre condicionada por cierta relatividad.

Como ha dicho Hogben⁽³²⁾, todo criterio científico acerca de la relativa importancia en la vida humana de la herencia o del ambiente ha de

(32) Ob. cit., p. 1,049.

ser con ineludible referencia al determinado ambiente histórico en el cual se hayan apreciado las mediciones, pues en las investigaciones con masas humanas no es posible preparar los experimentos como con ratas, escogiendo éstas de manera que los fenómenos observados pueden ser interpretados de manera inequívoca. De todos modos, parece valer la opinión, muy corriente entre antropólogos y psicólogos, de que el ambiente ejerce predominio en los fenómenos psíquicos y sociales de la humanidad. O lo que es igual, en las actividades características de la especie humana parece predominar la hechura sobre la natura.

En la personalidad y su desarrollo parece ser más lo hecho que lo nacido. "Tan grande es el poder de la educación ambiental en el desarrollo de la personalidad que ella puede sobreexceder al de la herencia. Un individuo de herencia relativamente pobre de condiciones bióticas, pero favorecido por circunstancias superiores, frecuentemente logra mejores resultados que otro sujeto con buena herencia pero en mísero rededor. Naturalmente, no hay ambiente capaz de producir lo que no está dentro de las posibilidades hereditarias; pero estas posibilidades quedarán escondidas y sin desarrollo si no son estimuladas por el exterior"⁽³³⁾. La explicación de esta prevalencia de lo ambiental en la conducta humana no parece difícil; pero antes habría que considerar la acción de sus factores, así los cósmicos como los sociales. Sobre todo habría que tratar ampliamente de la *cultura*, de lo que ella significa, de sus caracteres, de su formación, de su desarrollo y de sus cambios. Todo lo cual no cabe en los límites de este libro, dedicado todo él al engaño de las razas.

(33) E. G. CONKLIN. *Heredity and Environment*. Princeton, 1928, p. 332.

